

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

TRATAMIENTO DE TERROR

Queremos información, muñeca. Datos de las patrullas del Vietcong que operan por esta zona. Número de hombres y armamento de que disponen.

Dirigió una suplicante mirada al encapuchado rojo. Enfrentándose a sus ojos. A aquellas dos esferas de hielo.

—Piedad… Piedad… —Imploraba sin mucha convicción.

Consciente de que en aquellos fríos e inhumanos ojos no existía sentimiento alguno.

—¿Empezamos, compañero? Estoy impaciente.

El encapuchado rojo asintió avanzando hacia el armario. Ella estaba sentada frente al mueble.

De ahí su mueca de horror al descubrir el contenido del armario. Plagado de refinados instrumentos de tortura.

Antiguos y modernos. Todo un muestrario…



Adam Surray

Tratamiento de terror

Bolsilibros: Selección Terror - 402

ePub r1.1
xico_weno 24.11.15

Título original: *Tratamiento de terror*
Adam Surray, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El portazo hizo respingar a Alfred Samms.

Se incorporó con una rapidez impropia de su avanzada edad. Intentó ocultar bajo el sofá la revista, olvidando el vaso que había depositado en el suelo.

El líquido se derramó sobre la alfombra.

Alfred Samms profirió un variado repertorio de maldiciones a la vez que empujaba el vaso con el pie.

Corrió hacia el mueble biblioteca.

El recién llegado le sorprendió con un libro entre las manos.

—¡Ah…! ¿Eres tú, Mickey? No te esperaba tan pronto. ¿Cómo te ha ido?

Mickey Samms era un individuo joven.

De unos treinta años de edad. Alto. Delgado. Rostro de correctas facciones.

Al despojarse de la chaqueta, que arrojó indolente sobre uno de los sillones del salón, quedó visible la funda sobaquera de donde asomaba la culata de un Smith & Wesson.

Introdujo el arma en uno de los cajones del mueble principal.

—Mal.

—¿De veras? Tampoco yo me he divertido mucho. Toda la tarde aquí encerrado. Más aburrido que un ciempiés sin balón. Estaba leyendo este interesante libro de… de…

—Es un diccionario, abuelo. Un diccionario inglés-ruso.

El anciano forzó una sonrisa.

—Si…, ya lo sé. Resulta divertido buscar el significado de las palabras en ruso…

—Muy divertido —Mickey Samms se dejó caer en el sofá—. Déjate de tonterías y sírveme un *whisky* doble.

—Demasiado sabes que cierras el mueble-bar con llave. Dámela y…

—¡Maldita sea, abuelo! No estoy de humor. Utiliza la ganzúa, el duplicado o lo que diablos tengas. ¿Crees que no lo sé?

—No te enfades… No te enfades…

Una ganzúa.

Eso fue lo que utilizó Alfred Samms para abrir con suma facilidad el mueble-bar.

Tomó una botella de Johnnie Walker sirviendo el líquido en un vaso largo.

Acudió junto a Mickey Samms.

—¿Alguna otra cosa, hijo?

Mickey Samms entornó los ojos.

Fijos en el anciano. Ya había sobrepasado la barrera de los setenta y cinco. Y el muy maldito se conservaba ágil y despierto. Puede que incluso que en demasía. Aún contaba con algún que otro cabello níveo sobre su cabeza. El rostro alargado, serpenteado por marcadas arrugas que se entrelazaban caprichosamente, era como una acartonada piel pegada a los huesos. Ojos diminutos de perfecta visión. Comía con voraz apetito. Sin dar tregua a su dentadura postiza. Y bebía como una esponja.

Una maravilla de viejo.

—No te hagas el sumiso, abuelo. No me la pegas.

—Me has reñido…

—¡Vete al cuerno!

—Si tu padre, que en paz descanse, me hubiera respondido así —dijo Alfred con compungida mueca— le habría abofeteado. Eres mi nieto, Mickey. Debes guardarme un poco de respeto.

Mickey Samms vació el vaso de *whisky* depositándolo sobre la cercana mesa. Encendió un cigarrillo. Con el emboquillado en los labios se reclinó sobre el sofá apoyando la cabeza y pies en los respectivos brazos del mueble.

—Perdóname, abuelo.

—Tranquilo, muchacho. Te ha ido mal, ¿eh? No apareció el cliente.

—Oh, sí… Incluso se adelantó a la cita. Cuando llegué al despacho ya me estaba esperando a la puerta.

—Le pareció cara la minuta. Tenías que haberle rebajado la tarifa, Mickey. Llevamos una temporada de vacas flacas y hay que hacer concesiones.

—No fue problema de dinero. Rechacé el caso, abuelo.

El anciano bizqueo.

—¿Que has…? ¿Por qué?

—Iba contra mis principios.

—¿Principios? ¿Qué es eso? ¡Por todos los diablos, Mickey! Hay que ganar los garbanzos sin tanto miramiento. ¿De qué se trataba?

—El fulano quería que le proporcionara pruebas de la infidelidad de su esposa.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—La muy estúpida le era fiel —dijo Mickey Samms, succionando largamente el cigarrillo—. El tipo quería que le amañara las pruebas.

—¿Cuánto te daba?

—Doscientos dólares.

Alfred sonrió.

—Has hecho bien, muchacho. Estoy orgulloso de tu recto proceder. Por doscientos cochinos dólares no vale la pena ensuciarse las manos. Jamás lo hagas por menos de quinientos. El bueno de tu padre siempre decía que… ¿Ocurre algo?

Mickey Samms había alzado levemente la cabeza.

Olfateó una y otra vez.

Al bajar la mirada descubrió la mancha sobre la alfombra. Se incorporó quedando sentado en el sofá. Tendió su diestra llevando seguidamente la yema de los dedos a la nariz.

—*Whisky*.

—Imposible, Mickey. Yo no…

El anciano enmudeció al ver cómo Samms introducía la mano derecha bajo el sofá. No sacó el vaso, sino una revista de llamativa portada. Con un edificante título:

«La alumna y el profesor».

La portada ya era marcadamente pornográfica. Un primer plano donde el profesor enseñaba a la aplicada alumna el manejo de la flauta.

—¿Qué significa esto, abuelo?

—No… no sé…, posiblemente propaganda que llegó con el correo… Yo no… jamás la había visto.

—Te lo advertí, Alfred. Te dije que no quería más…

El llamador de entrada al apartamento interrumpió a Mickey

Samms.

—Llaman, Mickey. Voy a…

—¡Quédate aquí! —Ordenó Samms, levantándose del sofá—. Despediré al inoportuno y regreso de inmediato. Tenemos que hablar muy seriamente, abuelo. Te advertí que si volvía a ver una de esas…

El timbre de llamada resonó por segunda vez. Prolongándose ahora en reiteradas intermitencias.

Mickey Samms abandonó el salón encaminándose a grandes zancadas hacia el *living*. Al abrir la puerta del apartamento su expresión de enfado fue reemplazada por una mueca de estupor y sorpresa.

Contempló al visitante en silencio.

Sólo transcurridos unos instantes dejó oír su voz en un susurro apenas audible.

—Sheila…

La muchacha le sonrió.

—Hola, Mickey. Celebro que aún me recuerdes. ¿Puedo pasar?

Samms se hizo a un lado permitiendo la entrada de la joven.

Se miraron a los ojos.

En silencio.

Fue ella la primera en desviar sus verdes ojos al inclinar la cabeza. Sus manos, enfundados en finos guantes, juguetearon nerviosamente con un pequeño bolso monedero.

—Supongo que te sorprenderá mi visita, ¿verdad, Mickey? Hace ya mucho tiempo que no…

—Tres años.

—Sí…, tres años… No has cambiado mucho, Mickey.

Samms contempló fijamente a la mujer.

Joven. De seguro aún no había cumplido los veinticuatro años de edad. El pelo resaltaba la perfección de su ovalado rostro. Los ojos rasgados, de un verde profundo y turbador, entoldados por largas pestañas. Nariz pequeña. La boca, por el contrario grande. De labios gordezuelos, húmedos, marcadamente sensuales…

Lucía un elegante vestido y chaqueta en «crepe» de color amarillo con falda totalmente plisada. Guantes, bolso y zapatos en armonioso conjunto con el modelo.

—Tú sí has cambiado, Sheila. Parecía imposible, pero ahora

estás más bella y seductora que entonces. ¿Cómo has dado conmigo?

—Fui directamente al Departamento de Homicidios. Allí me informaron de que ya no pertenecía a la policía.

Mickey Samms sonrió.

Una sonrisa desmentida por el extraño brillo de sus ojos.

—Abandoné el cuerpo de policía hace tres años. Tú tenías razón. El sueldo era miserable. Fue un gran acierto por tu parte romper nuestro compromiso.

—Mickey…

—Ahora me marchan bien las cosas —cortó, sin dejarla hablar —. Soy investigador privado, ¿sabes?

Sheila asintió. Con leve movimiento de cabeza.

—Fui a tu despacho de Allen Street. En Homicidios también me proporcionaron tu domicilio particular.

—¿Por qué tanto interés en verme?

—Iba a solicitar ayuda al policía, pero es mejor así. Te prefiero como investigador privado. Quiero contratar tus servicios, Mickey. Encomendarte una difícil misión.

CAPÍTULO II

Mickey Samms condujo a la muchacha al despacho. Una reducida estancia dotada de mesa escritorio, butacones de armazón metálico matizados en *skay*, archivador y mueble estantería plagado de libros.

—¿Sigues soltero, Mickey?

—Ajá.

—Al pasar por delante del salón me pareció oír un ruido. Espero no haber interrumpido nada importante.

—Era el abuelo.

—¿El abuelo?

Samms sonrió acomodándose tras la mesa escritorio.

—Mi abuelo, Sheila. Vive conmigo desde hace unos seis meses. Antes estaba en Ford Gold al cuidado de unos familiares; pero los ha ido echando a todos por delante. Quedó solo y me escribió una carta solicitando dinero para ingresar en una institución para ancianos. Yo soy el único pariente que le queda.

—Comprendo. Prefieres tenerle contigo antes que internarle. Es sorprendente ese sentimiento en ti, Mickey. Nunca destacaste por tu bondad. Ya en Homicidios tenías fama de duro e implacable.

—Llevo una mala racha, Sheila. No estoy en condiciones de costear el ingreso en una residencia para ancianos. Ése es el verdadero motivo de que el abuelo permanezca conmigo.

—Sigo opinando que tienes un buen corazón, aunque difícilmente detectable. Imagino los inconvenientes de convivir con tu abuelo. Ya no podrás invitar a jovencitas a tu apartamento.

Samms entornó los ojos.

Su mirada pareció envolver a Sheila. Sin evitar un destello de admiración y deseo. La muchacha se había sentado en una de las butacas. Con las piernas despreocupadamente cruzadas. La falda por encima de la rodilla. Mostrando con generosidad los mórbidos

muslos enfundados en finas medias.

Fue tal la intensidad de la mirada que Sheila se removió inquieta descabalgando su pierna izquierda.

En contadas ocasiones duermo aquí, Sheila. Prefiero mi despacho de detective. Allí dispongo de un confortable sofá. En cuanto a lo de invitar jovencitas… me he vuelto más escéptico en ese terreno. Nada de relaciones prolongadas. Y mucho menos propuestas de matrimonio. Esa estupidez la cometí una vez y no pienso repetirla jamás.

—Me odias, ¿verdad, Mickey?

Samms se reclinó en el sillón giratorio.

Esbozó una sonrisa.

—Tengo una gran capacidad para el odio, pero contigo no llega a tanto. Dejémoslo en cordial rencor. ¿Por qué no vamos ya directamente al asunto? Tu visita no es de cumplido. ¿Cuál es el caso que quieres encomendarme?

Sheila se despojó de los guantes.

Abrió el bolso de mano sacando una cajetilla de Merit-Menthol. Accionó la llama de un diminuto encendedor de oro.

—Te supongo al corriente de mi matrimonio con Jess Dugan.

—Seguro. No me invitaste a la boda, pero creo recordar que salió en los ecos de sociedad de los principales periódico de los EE.UU. Estuve tentado de cursarte una felicitación reconociendo lo acertado de tu elección. Entre Mickey Samms, vulgar policía destinado al Departamento de Homicidios, y Jess Dugan de la todopoderosa Dugan Company de Texas; no había margen para la duda.

—Mi marido desapareció hace exactamente un año, Mickey. Aquí. En el estado de Nuevo México.

—Lo ignoraba.

—La familia Dugan ha preferido no dar mucha publicidad al suceso. Ocurrió en Albuquerque. La policía investigó exhaustivamente, aunque sin resultado positivo. Tampoco tuvieron éxito la legión de investigadores privados contratados por la familia Dugan.

—Tu familia, Sheila. ¿Acaso no has entrado en el poderoso clan de los Dugan? Llevas el apellido de tu marido.

La joven denegó con amarga sonrisa.

—No, Mickey. Para los Dugan sigo siendo una intrusa. Una oportunista ambiciosa. Ciertamente así es y jamás me importaron esas opiniones y desprecios que, en presencia de Jess, se esforzaban en disimular. Jess me trataba como a una reina. Hizo construir para mí una mansión en Brileysville, un lujoso apartamento en Dallas… Todo capricho mío era cumplido de inmediato por Jess.

—Y ahora Jess Dugan no está.

—Tienes que ayudarme, Mickey. Quieren acabar conmigo. Despojarme de todo.

—¿Los Dugan?

—Tú no los conoces, Mickey. Se consideran superiores. Una raza descendiente de dioses. No me perdonan que haya osado entrar en la élite. Yo no dispongo de selecto árbol genealógico ni desciendo de la *high society*. Para ellos sólo fui un lamentable capricho de Jess Dugan, y él ahora no está. El viejo Howard Dugan, su esposa, los hermanos de Jess… Todos están contra mí.

—¿De qué quieren despojarte?

Sheila succionó nerviosamente el cigarrillo.

Exhaló una bocanada de azulado humo que semiocultó momentáneamente sus bellas facciones.

—La mayoría de las propiedades de Jess Dugan están a su nombre. Yo sólo dispongo de un par de autos y el apartamento de Dallas que Jess sí registró a mi nombre. Me consta que, al año de la desaparición de Jess, los Dugan han decidido actuar. Ignoro sus planes. Sospecho que traían de decretar oficialmente la muerte de Jess. Al no haber testamento de Jess se me asignará una pequeña pensión y seré arrojada de Brileysville.

—¿No hubo hijos en el matrimonio?

—No. Fue una condición impuesta por el viejo Howard Dugan. Nada de hijos hasta transcurridos cinco años de matrimonio. La intrusa estaba sometida a prueba. Jess aceptó.

—Un año no es suficiente tiempo para que se decrete oficialmente su muerte. Al menos que aparezca el cadáver.

—Ellos pueden hacerlo, Mickey. Presentar un cadáver como perteneciente a Jess. Amañar pruebas, sobornar… Son poderosos. Con su dinero todo lo consiguen.

Samms hizo una mueca.

Dudando de las palabras de la muchacha.

—Demasiado riesgo sólo por el capricho de librarse de ti, Sheila. Apuesto que con sus abogados les resultaría fácil encontrar caminos legales para cumplir esos deseos.

—A ellos también les perjudica la desaparición de Jess. Parte de las acciones de la Dugan Company están bloqueadas. Jess, aunque el menor del clan, ocupaba un alto cargo en el Consejo de Administración. Su firma sigue siendo imprescindible en muchas de las operaciones. En caso de muerte, sin testar, las acciones pasarían al viejo Dugan que recuperaría igualmente el voto y firma de Jess. De ahí que les interese declarar oficialmente su muerte. No corren ningún riesgo, Mickey. Jess Dugan está muerto.

—¿Por qué esta seguridad?

—Salió del Palmer Hotel de Albuquerque sin el equipaje. Sin su auto. Ninguna de sus cuentas corrientes sufrió variación alguna. Se investigó incluso una posible malversación de fondos en la Dugan Company temiendo que Jess estuviera en Brasil con varios millones de dólares. Nada. Era una hipótesis ridícula. ¿Por qué iba a robar en su propio negocio? ¿Por qué desaparecer sólo con lo puesto? ¿En busca de qué…? En la Dugan Company tenía dinero y poder.

—¿La policía e investigadores no descubrieron absolutamente nada? ¿Ninguna pista?

—Nada.

—¿Cómo eran vuestras relaciones?

—Jess estaba locamente enamorado de mí.

—¿Le correspondías?

Enfrentaron sus miradas.

Fijamente.

—A ti no puedo mentirte, Mickey. Yo no amaba a Jess. Mi ambición me llevó a casarme con él. Nuestros tres años de matrimonio fueron perfectos. Yo poseía cuanto ambicionaba y él me tenía a mí. Ninguna desavenencia.

—Todo descarta una desaparición voluntaria.

—Por supuesto.

—¿Qué quieres de mí, Sheila?

—Encuéntrale. Encuentra a Jess Dugan. Vivo o muerto, pero quiero saber qué ha sido de él.

—Encontrarle muerto favorecería el plan de los Dugan contra ti.

—No del todo —sonrió Sheila—. También yo he recurrido a los

abogados. Aun sin testamento de por medio, recibiría una pensión sustanciosa y una importante serie de bienes que los Dugan quieren negarme. Igualmente estoy interesada en que se decrete la muerte oficial de Jess. Saldría vencedora en un supuesto pleito contra los Dugan.

—Entonces no hay problema alguno. Espera a que los Dugan se decidan por… encontrarle. También yo estoy convencido de que, sobornando a funcionarios y demás, es fácil presentar un cadáver lo suficiente irreconocible para que ofrezca dudas. Se identificará como Jess Dugan. Si algún remoto día apareciera el verdadero cadáver o el mismísimo Jess en persona, se diría que fue un error humano. Los Dugan nunca se pillarían los dedos.

—Yo no puedo esperar por más tiempo, Mickey. ¡No puedo…! Me están haciendo la vida imposible. Además… yo… no quiero vivir con el engaño. Imagina que acepto como bueno el cadáver que presenten los Dugan. Me convertiría en su viuda, pero jamás sería libre. Siempre me quedaría la duda. La incertidumbre de que Jess apareciera algún día con vida.

—Lo de sentirte libre te refieres a poder contraer unas segundas nupcias.

—Casada de nuevo renunciaría a Jess. Tampoco puedo hacer eternamente vida de desconsolada viuda. Soy joven, Mickey. Quiero amar y vivir sin temor a rendir futuras cuentas de mis actos.

—Comprendo. Si dentro de un par de años apareciera Jess vivo y coleando no le gustaría saber que su… viuda no guardó luto y se dedicó a una vida licenciosa.

Sheila sonrió.

Correspondiendo a la ironía de Samms.

—Lo has enfocado muy bien, Mickey. Los Dugan nada pierden presentando un falso cadáver. Con sólo decir que se equivocaron al identificarlo, solucionado, pero yo debo permanecer fiel a su memoria por temor a una posible resurrección. Llevo ya un año de angustia, Mickey. No lo soporto más. Quiero rehacer mi vida y para ello necesito tener la seguridad de que Jess ha muerto… o que está con vida.

Samms se incorporó.

Bordeó la mesa escritorio terminando por apoyarse en una de las esquinas de la tabla.

Frente a Sheila.

—Sospecho que muy poco puedo hacer, Sheila. ¿Por qué no acudiste a mí el pasado año? Apenas conocida su desaparición.

—Se movilizó a toda la policía de Albuquerque, Mickey. Incluso intervino el FBI, sospechando un posible secuestro. El propio Howard Dugan se desplazó a Nuevo México y, cuando la policía fracasó, contrató a una legión de detectives privados. Durante todo este tiempo no ha dejado de investigar. En sanatorios, hospitales, residencias, prisiones… No se ha descartado nada. Jess podía haber sufrido un accidente, perdida la memoria… Toda posibilidad fue investigada.

—Si ellos, con el suceso reciente fracasaron, mis posibilidades al cabo de año son prácticamente nulas.

—Yo confío en ti, Mickey.

Samms dudó.

Su indecisión no era motivada por el caso en sí. De otros más complicados había salido triunfante. Su única duda estaba en Sheila. No quería remover el pasado. Recordar sentimientos ya olvidados.

La muchacha se levantó del sillón.

Adivinando los pensamientos de Samms.

—Es por mí, ¿verdad, Mickey? Tu rencor es demasiado fuerte. Sospecho que…

—Mi tarifa son cien dólares diarios más gastos —interrumpió Samms, retornando tras la mesa escritorio—. Actuando fuera de Santa Fe es necesario un depósito inicial de quinientos dólares.

—¿Significa que aceptas el caso?

—Soy investigador privado, Sheila. Y tú un cliente. Lo demás no importa. Ahora debes informarme con todo detalle de la desaparición de Jess.

—Prefiero hacerlo en Albuquerque. Te espero esta noche en el Palmer Hotel. Tengo allí una habitación reservada. Solicitaré otra para ti.

—En ese hotel desapareció Jess, ¿no?

—De él salió para no volver a ser visto.

—Será un buen punto para el inicio de las investigaciones. Esta noche estaré allí.

Sheila abrió el bolso sacando un talonario de cheques. Extendió

un talón por mil dólares.

—No quiero que repares en gastos, Mickey. Sólo me interesan los resultados.

—Te firmaré un recibo.

—No es necesario.

—Es mi costumbre —replicó Samms, buscando por entre la carpeta de mesa y la bandeja portafolios—. Tiene que estar por aquí mi…

Mickey Samms enmudeció.

Al levantar unos papeles de la bandeja descubrió la colorista portada de un ejemplar de *Reinas del Porno*. Fascículos muy populares. El número en cuestión dedicado a «*Miss Fellatio*».

Sheila, inclinada sobre la mesa, tendió su diestra atrapando la revista antes de que reaccionara Samms.

La muchacha, aunque con leve rubor en las mejillas, esbozó una sonrisa al contemplar la portada.

Un primer plano de la tal «*Miss Fellatio*». Enfocados sólo sus labios en plena demostración de su bien ganado título.

—Parece más amena que el *Newsweek*.

—Son… son cosas de mi abuelo.

—El abuelo, ¿eh? —Sonrió Sheila, más abiertamente. Divertida. Arrojó el ejemplar sobre la mesa—. Adiós, Mickey. No te preocupes por el recibo. Ya me lo darás en Albuquerque.

Mickey Samms quedó con la mirada fija en la obscena portada.

Cuando alzó los ojos ya Sheila había abandonado el despacho.

CAPÍTULO III

El anciano corrió al encuentro de Mickey Samms.

—¡Es maravilloso, Mickey…! ¿Cuándo salimos hacia Albuquerque? No te enfades, pero he estado escuchando tras la puerta y… ¿por qué… me… me miras así?

Alfred comenzó a retroceder.

La euforia de su rostro se fue borrando paulatinamente.

—Oye, muchacho… no te enfades… Sé que es muy feo escuchar tras las puertas, pero es un vicio, de familia. No lo volveré a hacer, ¿de acuerdo?

Mickey Samms, que permanecía con las manos a la espalda, mostró su diestra. En ella el fascículo de *Reinas del Porno*.

—Olvidaste esto en mi despacho, abuelo.

—¿Eso…? Ah… más propaganda —dijo. Alfred, con forzada sonrisa—. Puedes quedártela. A mí no me interesa en absoluto.

—Te doy cinco minutos, Alfred. En este tiempo quiero que reúnas toda la basura que tengas escondida por la casa.

—Sí, Mickey… lo que tú digas…

Samms se dejó caer en el sofá.

Se perdió el espectáculo de ver a Alfred sacar revistas pornográficas de los sitios más insospechados. En la taza del cuarto de baño, en el paragüero del *living* en el congelador del frigorífico… En todas partes menos en su propia habitación.

Fue amontonando los ejemplares sobre la mesa del salón.

Ante la asombrada mirada de Mickey Samms.

Allí había de todo. Publicaciones norteamericanas, danesas, alemanas… Con títulos muy significativos. «El sátiro violado». «Sexolandia», «El bosque de Sally…».

—¿No te sientes avergonzado, abuelo?

—Sí, Mickey. Lo estoy.

—Entonces saca también esa que escondes bajo la bata.

El anciano obedeció llevando su diestra al costado izquierdo. Una nueva publicación porno se amontonó junto a las otras…

—Las arrojaré al triturador de basuras.

—No es buena idea, Mickey. Podemos enviarlas a algún asilo de ancianos. Sería una magnífica obra de caridad.

—Allí te enviaré yo un día de éstos.

—Sí, Mickey. Lo sé.

—¡Vete al diablo!

Mickey Samms se incorporó encaminando sus pasos hacia el dormitorio. Del armario extrajo un pequeño maletín.

—¿Vamos a llevar mucho equipaje, Mickey?

Samms giró lentamente.

Respiró con fuerza fijando su mirada en Alfred.

—Supongo que se trata de una de tus bromas, ¿no? Demasiado sabes que no vas a acompañarme.

—¿Por qué no?

—No voy de turista, abuelo. Ya que has tenido la desvergüenza de escuchar estarás al corriente del asunto. Puedo permanecer en Albuquerque un día o una semana. Lo ignoro. Dependerá de la marcha de mis investigaciones.

—Imagina la semana, Mickey. ¿Voy a quedarme aquí solo? ¿Abandonado como un perro?

—Sabes cuidarte.

—No, Mickey. No he querido alarmarte con mis lamentaciones, pero últimamente no me encuentro del todo bien. Me tiembla el pulso y mis ojos vidriosos…

—Muy lógico. Con «*Miss Fellatio*» a mí también me temblaría el pulso y los ojos se saldrían de las órbitas.

—Tengo los días contados, hijo.

—Ya.

—No me crees, ¿verdad?

Mickey Samms acudió al contiguo cuarto de baño retornando con el cepillo de dientes y la máquina eléctrica de afeitar. Respondió de espaldas al anciano.

—Sólo sé que hace unos seis meses, cuando en plena demencia se me ocurrió traerte aquí, te llevé a uno de los mejores especialistas de Santa Fe. Después de reconocerte me dijo que el que debía cuidarse era yo.

—Eso no significa nada, Mickey. Hoy se está bien y mañana en el cementerio. ¿Recuerdas a Richard Salkow? El repartidor del supermercado. Joven, fuerte, jovial… cargando y descargando pesadas cajas sin esfuerzo alguno. Un tipo sano, ¿verdad? Pues bien. Ayer le enterraron.

—Mientes como un bellaco.

—Me lo dijo el portero. Puedes preguntarle.

Mickey Samms ladeó la cabeza.

—¿Estás hablando en serio?

—Jamás bromeo con la muerte, hijo. Ayer enterraron a Richard Salkow. Muerte repentina. Ha sido un duro golpe. Richard era el único que nos fiaba el *whisky*.

—Cierto. Incluso creo que todavía le debíamos algunas botellas. Pobre Richard…

El anciano asintió.

Complacido de haber impresionado a Mickey Samms.

—No somos nadie, muchacho.

—¿Muerte natural?

—Sí, Mickey. De ahí mi poca fe en los médicos.

Mickey Samms giró para dirigir una inquisitiva mirada al anciano. Quería descubrir en su rostro la mentira.

No.

Alfred parecía estar diciendo la verdad.

Claro que era una verdad muy subjetiva. Ciertamente Richard Salkow había muerto. En cuanto a lo de muerte natural…, pues sí. Fue al cruzar Scott Street, Un pesado tráiler le atropelló alcanzándolo de lleno. Lo natural es que pereciera.

—No puedes venir conmigo, Alfred. En Albuquerque también estarías solo en la habitación de un hotel. Estarás mejor aquí. La señora Harrison, como todos los días, acudirá a hacer la limpieza y preparar la comida.

—En Albuquerque no estaría Solo, Mickey. Tengo allí buenos amigos. No en la capital, pero sí en los pueblos cercanos Streep Creek, Llano Sombrío, Quaid Hill… Conozco muy bien toda aquella zona. Me gustaría echar un último vistazo antes de morir.

—Te llevaré más adelante, abuelo. Ahora es imposible.

—¿Más adelante?

—Te lo prometo.

—Ésta era una gran oportunidad. Más adelante puede ser ya demasiado tarde para mí. Si me ocurriera algo durante tu ausencia en Santa Fe, algo irreparable, no quiero que te atormenten remordimientos de culpabilidad. Debes achacarlo al destino. Que tengas buen viaje.

—Oye, abuelo.

—Adiós.

Alfred se alejó con cansino paso hacia su habitación.

Una soez maldición brotó de Mickey Samms. Aquel caprichoso viejo le estaba amargando la vida. No se arrepentía de tenerlo a su lado. Había quedado solo. Y la soledad de un anciano, con su riqueza de recuerdos sin poder compartirla, resultaba muy triste. De ahí que fuera en su busca a Alamogordo.

Los doce primeros años en la vida de Mickey Samms transcurrieron junto a sus abuelos. Una etapa feliz que Mickey Samms no había olvidado. Alfred enseñándole a lanzar caña, a cazar, a preparar las trampas… Todo ello arropado con un inmenso cariño y amor.

Mickey Samms sólo estaba correspondiendo. Lo fácil hubiera sido internar a Alfred en un asilo benéfico; pero Samms quería aquel condenado viejo.

Y eso hacía que Alfred se saliera siempre con la suya. Mickey Samms cerró furioso el maletín.

Abandonó la estancia acudiendo a la habitación de Alfred.

—Oye, abuelo. Lo he pensado mejor y…

—Ya estoy preparado, Mickey —interrumpió Alfred, cerrando la maleta depositada sobre el lecho—. Sólo llevo lo imprescindible. Un par de mudas, un traje, calcetines, camisas… Cuando quieras podemos marchar.

Mickey Samms, con la boca entreabierta, fue incapaz de responder.

CAPÍTULO IV

El Buick «Skyhawk» conducido por Mickey Samms recorrió las aproximadamente sesenta millas existentes entre Santa Fe y Albuquerque. Las dos ciudades más importantes de Nuevo México. Santa Fe, capital política y segunda de los Estados Unidos por su antigüedad, es visitada por su valioso tesoro artístico. Albuquerque se define como la capital comercial. Centro importante de compra y expedición de ganado e igualmente de cobre, oro y plata extraídos de las minas de Gallup y las de Silver City. También Albuquerque, sede de la Universidad de Nuevo México, se convierte en la capital de la cultura.

—Dobla por la Caan Avenue, Mickey.

—¿Por qué?

—Quiero ir a la estación de autobuses. Hay un buen servicio con Streep Creek.

Mickey Samms desvió momentáneamente la mirada del parabrisas posando sus ojos en el anciano acomodado en el asiento contiguo.

—¿Streep Creek?

—No te lo habías creído, ¿eh? —Rió cascadamente Alfred—. Pues sí, hijo. Tengo muchos y buenos amigos en Streep Creek. La mayoría de ellos apaches. Cualquiera de ellos me recibirá con los brazos abiertos. No quiero ir contigo al Palmer Hotel. Además, allí sólo hay habitación reservada para ti. Cuando termines tus investigaciones pasas a recogerme. Me encontrarás en la posada de Carlos.

—Pero…

—Ahora, Mickey. Ésta es la Caan Avenue.

Samms giró el volante a la izquierda.

—Maldita sea, abuelo… ¿por qué no me lo has dicho antes? No me hubiera importado llevarte hasta Streep Creek.

—Ya te he dicho que hay un buen servicio de autobuses, Mickey. No te preocupes por mí. Voy a disfrutar más que un mono con Jane y en ausencia de Tarzán.

Mickey Samms detuvo el auto al final de la Caan Avenue. En su cruce con Bird Street. Allí se emplazaba la estación de autobuses.

Samms extrajo un fajo de billetes del bolsillo interior de la chaqueta. Había hecho efectivo el talón de Sheila Dugan.

—No necesito dinero, Mickey. Voy a reunirme con amigos.

—No digas tonterías —Samms le tendió ciento cincuenta dólares —. No puedes presentarte el primer día ya en plan gorrón.

Alfred hizo desaparecer velozmente los ciento cincuenta dólares.

—Gracias, hijo.

Mickey Samms le pasó la maleta situada en el asiento trasero.

—Si me necesitas para algo deja aviso en el Palmer Hotel, ¿de acuerdo? Si el asunto parece prolongarse iré por Streep Creek a hacerte una visita.

—*Okay*. Cuídate, muchacho.

—Lo mismo digo, abuelo.

Mickey Samms esperó a ver cómo el anciano se introducía en la estación de autobuses para luego reanudar la marcha.

Sonrió.

Alfred codeándose con los apaches.

El abuelo era una auténtica caja de sorpresas.

Mickey Samms conocía bien Albuquerque. Muchas de sus investigaciones como detective habían obligado a desplazarse hasta allí. También recién ingresado en la Policía permaneció dos años en Albuquerque. Antes de su traslado a Santa Fe destinado en el Departamento de Homicidios.

La ciudad no guardaba secretos para él.

Una bella ciudad que ya empezaba a engalanarse con los primeros luminosos de multicolor neón.

El Palmer Hotel, sin duda uno de los mejores de Albuquerque, se hallaba emplazado en Banks Street. A poca distancia del Stack Park.

Mickey Samms estacionó el Skyhawk en el *parking* exterior del hotel.

Con el maletín en la diestra penetró en el edificio siendo recibido por la ceremoniosa reverencia del portero. Otra servil sonrisa le fue ofrecida por el recepcionista.

—Buenas noches, señor.

—Mickey Samms. Tengo habitación reservada.

La sonrisa hipócrita se acentuó en el individuo.

—En efecto, señor. Habitación número 405. Quiere firmar aquí, por favor.

Samms estampó su nombre y rúbrica en el libro de registro. En el contiguo mostrador de conserjería le fue proporcionada la llave y un sobre introducido en su casillero.

Era una nota de Sheila.

Muy breve.

Estoy cenando con mi padre y unos amigos. A mi regreso al hotel acudiré a tu habitación. Espérame.

Sheila

Mickey Samms depositó el maletín sobre el mostrador. Junto con la llave entregada por el conserje.

—No voy a subir ahora. Llévenlo a mi habitación.

—¿Es todo su equipaje, señor?

—Ajá.

Samms pasó al *snack-bar* del hotel. Muy poco concurrido. Los clientes preferían la suntuosidad del restaurante emplazado en la primera planta o bien una frívola cena en el *night-club* del subsuelo.

El *snack-bar* era para los clientes presurosos o de paladar poco refinado. Capaces de enfrentarse a uno de aquellos platos combinados sin pestañear.

Mickey Samms no se acomodó en ninguna de las mesas. Se decidió por la soledad de los taburetes del mostrador. Tampoco dudó mucho en la elección del plato combinado. El número siete. No por su contenido, sino por ser su número favorito. Lo acompañó con una fría cerveza Molson.

La cena culminó con una copa de Courvoisier.

El añadir veinticinco dólares al ticket hizo desorbitar los ojos del barman. No los tomó de inmediato. Esperó las palabras de Samms. Consciente de que aquella generosidad requería algo a cambio.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lorne Bridges, señor.

—¿Mucho tiempo en el Palmer Hotel?

—Cinco años.

—¿Siempre en el *snack-bar*?

El llamado Lorne Bridges esbozó una sonrisa carente de alegría.

—No, señor. El primer año fui ayudante de camarero en el restaurante, luego pasé a las mesas del *night-club*. Llevo tres años en el *snack*. Algunas noches hago el tumo en la conserjería.

—¿Has oído hablar de Jess Dugan?

El desencanto de Bridges fue patente. Su diestra, que tecleaba sobre los veinticinco dólares, se retiró lentamente.

Demasiado.

Mickey Samms empujó los veinticinco dólares.

—Son tuyos, Lorne.

—No puedo decirle nada sobre…

—Lo sé, Lorne, lo sé —interrumpió Samms sonriente—; pero los veinticinco dólares siguen siendo tuyos. Me consta que en este último año habrán desfilado por aquí infinidad de fulanos interesados en la desaparición de Jess Dugan.

—En efecto, aunque últimamente parece haber declinado un poco la fiebre. ¿Detective?

—Soy escritor —mintió Mickey Samms—. Estoy terminando un libro sobre los casos enigmáticos o sin resolver. Asesinatos, raptos, desapariciones… Me faltan algunos folios para completarlo y pensé en Jess Dugan.

—Le aconsejo que se decida por otro. Con lo de Jess Dugan apenas podría llenar medio folio. Salió del hotel y ya no supe nada más de él.

—Pagaría bien por cualquier pequeño dato, Lorne. Pregunta a tus compañeros, a todos los que trataron a Jess Dugan durante su estancia aquí. Tal vez…

—¿Pagaría cien mil dólares? Eso fue lo que prometió Howard Dugan en persona. Cien mil dólares por alguna pista de su hijo.

—Ciertamente no pagaría cien mil dólares, pero sí garantizo un total anonimato al confidente. Y eso, en ocasiones, es muy valioso. Una gratificación y la total seguridad de no ser posteriormente molestado por la policía, investigadores ni tan siquiera por la familia Dugan. No pierdes nada tanteando a tus compañeros, Lorne. Puede que alguno de ellos haya silenciado un dato insignificante que resulte de interés para mí.

—Lo haré, señor.

—Mickey Samms. Habitación 405.

El detective abandonó el *snack-bar*. Sin desanimarse por su conversación con el empleado. Lo esperaba. Tampoco confiaba en resultado positivo alguno, pero su norma era pulsar todas las posibilidades. Aún las más trilladas.

Tomó su llave en la conserjería.

Una rápida mirada al casillero le indicó que faltaba la llave 406. La habitación de Sheila. Al firmar en el libro de registro descubrió el nombre de la muchacha junto al número de habitación 406.

El ascensor le condujo a la cuarta planta.

Se adentró por un largo y alfombrado corredor en forma de «L». Con paredes protegidas por papel aterciopelado. Casi al final del pasillo se emplazaban las puertas señalizadas con los números 405 y 406.

Mickey Samms se detuvo frente al número 406.

Golpeó la hoja de madera con los nudillos. Transcurridos unos instantes, y después de llamar por segunda vez, retrocedió introduciendo la llave en la puerta 405.

Una magnifica habitación.

Ventana adornada con finos cortinajes. La amplia cama, las dos mesas de noche, armario y *boudoir* a juego. Una mesa escritorio, dos butacas y un diván rinconera completaban el mobiliario.

Todo aquello pasó desapercibido para Samms. Sus ojos habían quedado fijos en Sheila.

Ella acaparaba toda su atención.

La muchacha, con una vaporosa bata de seda, le sonreía desde el lecho.

CAPÍTULO V

—¿No te has equivocado de habitación?

—No, Mickey —rió Sheila, incorporándose de la cama a la vez que depositaba sobre la mesa de noche el último *best-seller* de Harold Robbins—. Llegué hace unos quince minutos. Al ver tu llave en conserjería supuse que había decidido dar una vuelta por Albuquerque.

—Estaba en el *snack* del hotel. No imaginaba que regresaras tan pronto.

—Tampoco yo, pero pude librarme de ellos. Nuestras habitaciones se comunican por los respectivos cuartos de baño y pensé en esperarte aquí leyendo un poco.

—¿Cómo sigue tu padre?

—¡Oh, muy bien…! Se volvió a casar, ¿sabes? Hace dos años. Con su enfermera. Son muy felices.

—Hay tipos que jamás escarmientan.

Sheila rió ahora en cantarina carcajada.

Avanzó hacia el carro-bar situado junto al diván rinconera. Sobre la tabla un cubo con hielo donde asomaba el gollete de una botella.

—He ordenado subir champán.

—¿Celebramos algo?

—Nuestro encuentro, Mickey. ¿No es suficiente motivo?

Samms empequeñeció los ojos.

Otra vez su mirada fue más fuerte que su voluntad. No pudo evitar el brillo del deseo que se reflejó en sus pupilas.

Sheila estaba seductora. Con aquella larga bata de nylon despreocupadamente anudada a la cintura. Transparentando sus dos prendas íntimas. Por el pronunciado escote quedaba visible el sujetador en tejido blonda. Controlando con dificultad los erguidos senos.

Mickey Samms se despojó de la chaqueta que colocó sobre una de las butacas. También se desprendió de la funda sobaquera. El revólver quedó oculto en uno de los cajones de la mesa de noche.

Descorchó la botella de champán mientras que Sheila ya sostenía las dos copas entre sus manos.

Hicieron chocar el cristal.

Mirándose a los ojos.

—Por nosotros, Mickey.

Samms no respondió.

Vació la copa acomodándose en el sofá. Encendió un cigarrillo. Con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Máxime cuando Sheila, al compartir el diván, le hizo percibir el cálido contacto de su muslo izquierdo.

—¿Empiezo, Mickey?

—¿A qué? —inquirió Samms, tragando saliva.

—Pues lo de Jess. A contarte detalles de su desaparición.

—Ah, sí…, claro. Es preferible que yo vaya haciendo las preguntas. Hace un año, ¿no?

—Sí. Exactamente por estas fechas. En la primera semana de julio.

—¿Qué haces tú aquí ahora, Sheila? ¿Celebrando el aniversario?

—Voy a pasar unos días con mi padre. En el rancho de los Matheson. Somos sus invitados. Ned Matheson y mi padre son viejos amigos. Combatieron juntos en Vietnam. El año pasado también recibió una invitación de Matheson. Se reúnen junto con otros camaradas para conmemorar no sé qué hazaña.

—¿Tu padre sigue domiciliado en Santa Fe?

—Sí. Me telefoneó a Texas para decirme que Ned Matheson había hecho extensiva su invitación a Jess y a mí. Desde mi boda los contactos con mi padre eran casi nulos. Le comuniqué a Jess mi deseo de pasar unos días con mi padre. No sólo se mostró conforme, sino que decidió acompañarme. Salimos en avión de Dallas. Jess, apenas aterrizar en Albuquerque, compró un Chevrolet. Teníamos habitación reservada en el Palmer Hotel. Nos desplazamos a Bewes Flat, lugar de emplazamiento del rancho de los Matheson.

—Si erais invitados, ¿por qué reservar habitación en un hotel?

—Teníamos proyectado pasar una semana con los Matheson. Bewes Flat es un villorrio. Si alguna noche nos decidíamos por

acudir a Albuquerque, Jess quería disponer de la habitación del Palmer Hotel. También quería, aprovechando el desplazamiento desde Texas a Nuevo México, contactar con posibles clientes para la Dugan Company.

—¿Cuándo desapareció Jess?

—Al cuarto día de llegar a Albuquerque. El primer día pernoctamos en el hotel. Las dos noches siguientes en el rancho de los Matheson. Al cuarto día salió Jess de buena mañana en dirección a Albuquerque. Iba a almorzar con un cliente. Luego pasaría por el hotel para recoger algunas cosas y trasladarse nuevamente al rancho de los Matheson.

—Y ya no llegó.

—En efecto. Salió del Palmer Hotel, pero no apareció por Bewes Flat.

—¿Pensaba desplazarse en el Chevrolet?

—Sí. Es más, desde la habitación del hotel telefoneó para que le sacaran el auto del *parking* subterráneo y lo situaron en Banks Street. Ni tan siquiera llegó a subir al Chevrolet.

Mickey Samms quedó unos instantes en silencio.

Exhaló la última bocanada del cigarrillo.

—Entre el Palmer Hotel y el auto. Algo en ese corto trayecto le hizo cambiar de idea. Algo… o alguien.

—Le esperamos en el rancho —siguió Sheila—. Yo no me preocupé. Incluso resté importancia a su ausencia convenciendo a los Matheson para que no demoraran la cena por esperarle. Fue al día siguiente, al telefonear al hotel y decirme que no había pernoctado allí, cuando comencé a inquietarme. Había imaginado una rabieta de Jess. El día anterior a su desaparición había discutido verbalmente con Ned Matheson. Discrepancias sobre la intervención USA en Vietnam. Jess era como un chiquillo caprichoso y sospeché que su ausencia era motivada por el recuerdo de esa intrascendente desavenencia.

—¿También el presente año permaneces con tu padre en el rancho de los Matheson?

—Sí. Otra vez han sido invitados y yo con él. No dudé en acudir. Con la idea fija de pasar primeramente por Santa Fe y hablar contigo. Estoy esperanzada, Mickey. Sé que tú solucionarás el caso.

—No quiero que albergues esa rotunda confianza, Sheila; pero

me esforzaré por no defraudarte.

—Tú jamás podrás defraudarme.

Mickey Samms fingió ignorar el tono sensual de voz empleado por la muchacha.

—¿Queda muy distante Bewes Flat?

—¿De Albuquerque? Oh, no… Poco más de cinco millas. Es un pequeño pueblo habitado en su mayoría por indios e hispanoparlantes. Bewes Flat, Santa Cruz, Streep Creek, Victoria Pass… Pequeñas localidades agrupadas que…

—¿Has dicho Streep Creek?

—Sí… ¿Ocurre algo?

Samms sonrió.

Pensando en el viejo Alfred.

—Nada. Olvídalo. ¿Te quedarás en el hotel?

—Mañana salgo para el rancho de los Matheson. Mi padre y Emmy… bueno, mi madrastra, ya han salido hacia allí esa misma noche. Después de la cena. En compañía de los Matheson. De ahí que haya podido librarme tan pronto de ellos. Querían que les acompañase, pero argumenté que debía realizar mañana algunas compras.

—¿Has comentado con alguien el haber contratado mis servicios?

—No.

—Perfecto. No lo hagas. Bien…, creo que no tengo más preguntas. ¿Te queda a ti algo por decirme?

Sheila denegó con un movimiento de cabeza.

Samms se incorporó.

—Entonces ya hemos terminado. Mañana, antes de irte a Bewes Flat, quiero que me…

Mickey Samms enmudeció al contemplar cómo la joven se levantaba también del sofá y tiraba del lazo que anudaba su cintura.

La bata se abrió.

Mostrando el escultural cuerpo de Sheila. Su bronceada piel contrastando con el blanco de aquellas dos diminutas piezas. Dos transparentes prendas en tejido blonda. El sujetador, con cierre al cuello, presionaba los senos femeninos marcando provocativamente los punzantes pezones. La braguita por debajo de la tenue curva del vientre. También en blonda. Trasparente. Sombreando el oscuro y

sedoso vello.

—Sheila…

—No, Mickey. No me rechaces…, por favor, no…

La muchacha le colgó los brazos al cuello. Ofreciendo sus entreabiertos labios. Besándole ávidamente.

Mickey Samms no correspondió al beso.

Con los brazos inmóviles.

En espera de que Sheila, al percatarse de esa indiferencia, cesara en su seducción. No ocurrió así.

Fue todo lo contrario.

La joven, lejos de desanimarse, se apretujó más contra Samms. Sus besos más lascivos. Comenzó a refregarse con sensual movimiento. En rítmico vaivén.

Y Mickey Samms perdió su impasibilidad. Su voluntad de rechazo fue dominada por el deseo. Por la voluptuosidad que emanaba de Sheila. Quemado por el calor de su cuerpo. Por el fuego de sus labios…

Sí.

Correspondió al beso.

Unieron sus bocas apasionadamente. Emprendiendo lujurioso batallar de lenguas. Las manos de Samms prodigaron caricias que hacían estremecer a la muchacha. La condujo hacia el lecho.

Sheila se sentó al borde de la cama, deslizando la bata por sus torneados hombros. Llevó las manos al cuello para quitar el broche del sujetador. Sus senos, duros y erectos, quedaron al descubierto. Con rosados pezones apuntando desafiantes de sexualidad.

—Ven, Mickey, ven…

Y cuando Samms, ya totalmente dominado, avanzaba hacia la mujer; les sobresaltó el timbre del teléfono.

Mickey Samms parpadeó.

Como si despertara de un sueño hipnótico.

—No contestes, Mickey…

Samms no escuchó la sugerencia de la joven.

Tomó el auricular depositado sobre la mesa de noche.

—¿Sí?

Una voz masculina le llegó a través del micro.

—¿Señor Samms?

—Sí, soy yo.

—Le habla Lorne Bridges, ¿me recuerda?

—Por supuesto.

Se produjo una leve pausa.

—Señor Samms…, perdone que le moleste, pero creo que tengo algo que puede interesarle. Relacionado con el libro que piensa terminar, ¿comprende? He conseguido un informador.

—¿Está ahí contigo?

—Sí, señor. ¿Quiere que suba a su habitación?

—No. Bajaré yo dentro de cinco minutos.

Mickey Samms colgó el auricular.

—Mickey… ¿no pensarás…?

Samms esbozó una sonrisa al contemplar a la muchacha.

Sheila yacía ya totalmente desnuda sobre el lecho.

—Lo lamento, Sheila, debo irme.

—Pero…

—Te aconsejo que regreses a tu habitación —dijo Samms sujetándose la funda sobaquera y la chaqueta—. No me esperes.

Abandonó precipitadamente la habitación.

Al introducirse en la cabina del ascensor respiró con fuerza. Satisfecho de no haber caído en las tentadoras garras de Sheila. Cierto que no fue por méritos propios, pero no importaba. Había escapado.

No quería volver a Sheila, remover el pasado… y ser nuevamente burlado en sus sentimientos.

No.

Mickey Samms prefería carecer de ellos.

CAPÍTULO VI

El *snack-bar* del hotel ya había cerrado sus puertas.

El detective encontró a Lorne Bridges esperándole en un apartado de la sala de recepción.

—Estaba comentando con uno de los conserjes su interés por Jess Dugan cuando ella metió baza. Se trata de Julie White. Es una… una *call-girl*. De vez en cuando la dejamos subir con algún cliente. En ocasiones deambula por el *night-club* del hotel a la caza de incautos. Es una buena chica. Discreta y poco amiga de escándalos. Según ella puede proporcionarle algo de interés sobre Jess Dugan.

—¿Por qué no informó a los investigadores contratados por los Dugan?

—Lo ignoro, señor Samms. No descarto la posibilidad de un truco para sacarle algunos dólares, pero ante la duda quise avisarle.

—Has hecho bien. ¿Dónde está?

—En el salón social del primer piso. Allí pueden hablar sin temor a ser molestados.

—Gracias, Lorne.

Mickey Samms no utilizó el ascensor.

Subió la escalera que conducía a la primera planta localizando de inmediato el emplazamiento del salón social.

Una amplia estancia pródiga en mesas y confortables sillones. Dotada de televisor y autoservicio de bar.

Samms cerró tras de sí.

Descubrió a la tal Julie White zarandeando la máquina expendedora de tabaco. La mujer le dedicó una cordial sonrisa.

—Hola, amor… ¿Tienes una moneda de cincuenta centavos? Aunque… no, mejor no me la des. Te quedarías sin ella y yo sin tabaco. Esta maldita máquina ya se ha tragado dos monedas sin dar

nada a cambio.

—Puedo ofrecerte un cigarrillo.

—Okay.

La mujer avanzó hacia una de las mesas donde se encontraba depositado un bolso de negra piel.

El caminar de Julie fue todo un espectáculo.

Cada paso hacía balancear levemente sus exuberantes pechos.

Con sensual movimiento de caderas.

La vestimenta femenina contribuía a apreciar todo aquello.

Lucía un *sweatshirt* de cuello redondo ceñido a sus opulentos senos.

Moldeándolos provocativamente haciendo resaltar los redondos pezones.

El pantalón de gabardina también presionaba las caderas de suave curva.

Un deportivo conjunto poco acorde para una profesional del amor; pero sí lujuriosamente excitante.

Se dejó caer en uno de los sillones llevando a los labios el cigarrillo ofrecido por Samms.

Unos labios carnosos y exultantes.

Su rostro, en especial la mirada de sus picaros ojos, resultaba igualmente sensual.

—Gracias, Mickey. Ése es tu nombre, ¿no?

—Correcto —afirmó Samms, sentándose frente a la mujer—. Y tú eres Julie. Ahora que ya nos conocemos vamos al asunto. ¿Qué sabes tú de Jess Dugan?

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Depende de la información, Julie. Puedo soltarte cien dólares, quinientos… o un trallazo en la boca si intentas engañarme.

La mujer sonrió.

Exhaló una bocanada de humo.

—Me gustas, Mickey. Y no creo que seas escritor como asegura Lorne, pero eso no me importa. Tratas de localizar a Jess Dugan, ¿no es cierto? No lo busques en Albuquerque. Aquí no está. Centra tus investigaciones en Bewes Flat.

—¿Bewes Flat?

—Eso es. Concretamente en el rancho de los Matheson. Allí encontrarás la pista que te conducirá hasta Jess Dugan.

—Explícate.

—No, Mickey. No puedo ser más explícita. Ya te he dicho bastante.

Samms entornó los ojos.

Fijos en el rostro de la mujer.

—Comprendo. Me llego ante los Matheson y pregunto dónde esconden a Jess Dugan, ¿no es eso?

—No pareces tonto, Mickey. Te he dicho el lugar adecuado. El resto depende de ti.

—Creo que sí me consideras tonto. ¿Esperas que pague algo por semejante información? Es del dominio público que Jess Dugan partió del Palmer Hotel con dirección a Bewes Flat. Al rancho de los Matheson. La policía ya investigó allí.

—Hazlo tú. No quiero nada ahora, Mickey. Ni un solo centavo —Julie se incorporó atrapando el bolso que colocó en bandolera—. Investiga en el rancho. Si encuentras a Jess Dugan espero que seas generoso en tu gratificación. Tengo un pequeño apartamento en el 771 de Dale Road. Si no quieres molestarte envía el dinero por correo.

—Un momento… —Mickey Samms también se levantó reteniendo a la mujer por el brazo—. Si sabes algo más debes decírmelo.

—Nada más tengo que añadir. Suerte, Mickey.

Julie se zafó del detective.

Con cadencioso paso se encaminó hacia la puerta del salón.

Tampoco ella utilizó el ascensor.

Descendió a la sala de recepción.

Se detuvo unos instantes. Como si quisiera cerciorarse de que Mickey Samms no iba tras ella.

Comprobado ese punto salió del hotel.

El luminoso de multicolor neón y los focos del *parking* exterior combatían con éxito la oscuridad de la noche.

Julie cruzó la calzada.

En diagonal.

Alejándose del iluminado *parking*.

Dobló una de las esquinas abandonando Banks Street.

Permaneció inmóvil unos segundos. Mirando a derecha e izquierda. Cuando ya en su rostro se iniciaba el esbozo de una

irritada mueca, vio aparecer el auto.

Avanzaba a poca velocidad.

Con los faros apagados.

El vehículo, un Pontiac color negro, se detuvo junto a Julie abriéndose una de las portezuelas.

—Sube, nena —dijo una voz desde el interior.

Julie obedeció acomodándose junto al conductor.

—Ya empezaba a temer que me había dado plantón.

El individuo sonrió reanudando la marcha del Pontiac.

—¿Sin saber el resultado de tu conversación?

—No me sorprendería —dijo Julie, encogiéndose de hombros—. Podría tratarse de una broma.

—Es una broma, nena.

—Sí, pero podía alcanzarme también a mí. No sólo a Mickey Samms. Doscientos dólares por soltar un embuste me parece excesivo.

—¿Se lo tragó?

Julie rió divertida.

—Del todo. Soy buena actriz. Desconozco el juego, pero tenga por seguro que Mickey Samms se desplazará a Bewes Flat. Creo que fue un error no pedirle también algún dinero. Lo hubiera entregado sin pestañear.

—No lo habrás hecho, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Ése fue el trato. No debía pedir a Mickey Samms…

—De ahí mi generosidad —interrumpió el individuo—. Doscientos dólares. Si le hubieras pedido también a Samms, sospecharía un engaño. Un truco. Una información falsa para obtener dinero. El no pedirle nada hará más verosímil el embuste.

—¿Es en verdad escritor?

—¿Escritor?… Ah, sí… Un buen escritor. Precisamente quiero demorar la entrega del original a la editorial. Escribe sobre los Dugan. De ahí la falsa pista. Samms perderá algunos días investigando por Bewes Flat. Interrogando estúpidamente a los Matheson.

El Pontiac se detuvo ya distante del Palmer Hotel.

El individuo llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta.

Abrió la billetera tendiendo cien dólares a Julie.

—Aquí tienes lo acordado, nena. Cien dólares antes del trabajo y cien más después de hablar con Samms.

Julie tomó el dinero.

Sus ojos brillaron codiciosos al contemplar el fajo de billetes que se amontonaban en la cartera del individuo.

Sonrió.

—Sinceramente, yo… casi me considero avergonzada. Doscientos dólares sólo por… Me parece mucho.

—Me gusta ser generoso. Máxime con las muchachas bonitas.

Los labios de Julie sonrieron más abiertamente.

Más sensuales.

Decidida a aligerar un poco más la repleta billetera del hombre.

—Quiero corresponder a esa generosidad con un beso. ¿Me permite?

No esperó la respuesta del individuo.

Julie se ladeó colgándole los brazos al cuello.

Apretujándose contra él.

Entreabrió los labios instantes antes de posarlos ardientemente sobre los del hombre.

En apasionado beso que ella misma interrumpió con una sonrisa.

—Bueno… Ya estoy más tranquila.

El que no estaba ahora tranquilo era el individuo.

Lo acusaba en la mirada, en las venas hinchadas de sus sienes…

Su zurda se posó sobre la rodilla de la mujer.

Subió acariciadora por el muslo para luego introducirse bajo el ceñido suéter. Se estremeció al contactar con la cálida piel femenina.

Extendió los dedos.

Julie le dejó hacer.

Incluso entreabrió nuevamente los labios cuando vio aproximarse sobre ella el rostro del individuo.

Percibió cómo la zurda le masajeaba ávidamente los senos.

No llevaba sujetador.

El suéter era la única prenda.

El hombre comenzó a removerse inquieto.

Excitado.

Julie consideró que era el momento adecuado para rechazarle.

—Ya… ya es suficiente…

Se miraron a los ojos.
El rostro del individuo encendido.
Congestionado.
Con lujurioso destello en los ojos.
—No estoy tratando de sacar el máximo jugo a los doscientos dólares, Julie. No es mi estilo. Ya te he dicho que me gusta ser generoso. Tú eres joven, bonita… ¿Qué te parecen mil dólares?
La mujer parpadeó perpleja.
—¿Mil… mil dólares?
—Eso es.
—Tengo el apartamento cerca de aquí —reaccionó Julie, casi sin dar crédito a tal fabulosa y desorbitada oferta—. En Dale Road. Pequeño, pero confortable. Te prometo una velada inolvidable.
—No vamos a ir a tu apartamento.
—Como quieras. Conozco varios hoteles que no hacen ningún tipo de preguntas.
—Tengo una casita en el campo, Julie. A pocas millas de Albuquerque. Tengo que ir allí a retirar unos papeles. Podemos pasar la noche y regresar mañana. ¿Qué te parece?
La mujer dudó.
Tenía por norma no acudir a los domicilios particulares de los clientes.
Prefería su propio apartamento o la habitación de cualquier hotel.
—No tengo por costumbre el…
—Lo comprendo perfectamente —interrumpió el individuo sacando nuevamente la billetera—. Toda la noche con un solo cliente no te resulta rentable. Máxime teniendo que desplazarte fuera de Albuquerque. Estoy dispuesto a compensar todo eso, nena. Toma. Mil quinientos dólares. Son tuyos.
Julie contempló como hipnotizada el fajo de billetes.
Sin atreverse a cogerlos.
El individuo abrió el bolso femenino introduciendo los mil quinientos dólares. Sonrió iniciando la puesta en marcha del Pontiac.
—Dado el reducido tráfico nocturno llegaremos antes de una hora. Te gustará. Es una casa magnífica. Rodeada de árboles y flores. Un maravilloso paraíso ajeno a la contaminación.

—Tú sí eres maravilloso —reaccionó Julie, aproximándose mimosa—. No te defraudaré. Te haré pasar la más inolvidable de las noches. Será algo… especial. Muy especial, amor…

Para Julie también iba a resultar una noche inolvidable.

Su última noche.

La recordaría eternamente desde el Más Allá.

* * *

—¿Por qué nos detenemos?

—Fíjate en aquella montaña, Julie. Parece la gigantesca cabeza de un monstruo mitológico. La boca, la nariz, los ojos…

Julie arqueó las cejas.

Entornó los ojos tratando de escudriñar en la larga oscuridad de la noche. Divisó la montaña que fantasmagórica se elevaba en la planicie.

Ciertamente las diferentes entradas en la piedra, aquellas oquedades, simulaban los orificios de la nariz, los ojos, la boca…

Y como guardianes de la ciclópea cabeza se hallaban los cactus de siniestros brazos cercando la roca.

Al fondo, aún más fantasmales, los picos y estratos rocosos por donde el viento silbaba con lastimero sonido.

—No me gusta. Me da miedo.

—Esa montaña fue un poblado indio —sonrió el individuo—. Construido en las rocas por los zuni. Hace ya muchos años. Es como un laberinto. Yo soy un entusiasta de las reliquias del pasado. ¿Quieres ir a echar un vistazo?

—¡No…! Oye, querido… ¿No estás deseoso de llegar a casa?

El individuo mantuvo la sonrisa en los labios.

Y aquella sonrisa hizo estremecer a Julie.

También el extraño brillo que se reflejó en los ojos del hombre.

—Ya estamos cerca, nena.

—Vámonos…, por cierto… aún no sé tu nombre —rió nerviosamente Julie—. ¿Cómo te llamas, querido?

El individuo no respondió.

Apagó los faros del auto abriendo la portezuela.

—Acompáñame, nena. Hace una magnífica noche.

—No.

—Como quieras —dijo el hombre, descendiendo del Pontiac—.

Yo voy a curiosear por esas cuevas.

Julie quedó en el interior del auto.

Inquieta por el comportamiento del individuo.

Le vio desaparecer entre las sombras.

Tragado por una de aquellas bocas de la montaña.

Encendió con nerviosos ademanes un cigarrillo.

Ya a medio consumir el emboquillado, los ojos de Julie se posaron en el abierto bolso.

Allí estaban los mil quinientos dólares.

No lo pensó dos veces.

Aquella absurda espera había alterado los nervios de Julie.

Se situó en el asiento del conductor dispuesta a marchar de allí, pero cuando quiso dar el contacto se percató de la ausencia de la llave.

—Bastardo…

Julie tomó el bolso y la cajetilla de tabaco del salpicadero descendiendo del vehículo.

Llevaba allí más de diez minutos.

—¡Eh, amigo…! ¡Ya basta de juegos…!

La voz de Julie se extendió hacia la entrada de la montaña.

Acentuó los pasos.

Dominada por un extraño temor.

Le pareció que aquellos cactus de fantasmagórica figura se movían cercándola.

—¡Puedes oírme, hijo de perra! —gritó Julie, asomada a la entrada—. ¡Me largo…! ¿Me oyes, bastardo?

Esperó unos instantes.

No podía marcharse de allí.

Estaba en una zona desértica. Desconocida para ella. Se perdería quedando a merced de cualquier alimaña. No le quedaba más solución que retornar al coche y esperar pacientemente.

Cuando se disponía a girar sobre sus talones descubrió la luz.

Un súbito resplandor al final de la gruta.

—¿Estás ahí…? ¡Responde…!

La voz de la mujer nuevamente sin respuesta.

Julie prorrumpió en maldiciones muy poco femeninas.

Dedicadas muy especialmente al individuo y a su madre.

Avanzó por la cueva.

La gruta se hacía cada vez más amplia.

Con recovecos a ambos lados.

Como una gigantesca madriguera para topos.

Con toscas escaleras para trepar a habitáculos construidos en las paredes.

Llegó al final del corredor.

La iluminación era originada por una antorcha clavada en la pared.

Y bruscamente aquella llama se eclipsó al caer al suelo retornando la oscuridad a la cueva.

Un instintivo grito brotó de Julie.

Reaccionó llevando nerviosamente su mano derecha al bolso. Extrajo el encendedor que pulsó con impaciencia.

Volvió sobre sus pasos.

Dispuesta a salir de allí y caminar hasta dejar aquella zona. Prefería enfrentarse al posible ataque de las fieras del desierto. Al pasar junto a una de las esquinas, en la cámara ahondada en la pared, descubrió la figura humana. Una borrosa sombra semiencorvada.

Julie se detuvo respirando profundamente.

—Bien. Ya te he encontrado, ¿satisfecho? Este estúpido juego no me ha…

Julie se había aproximado a la oquedad de la pared.

La llama del encendedor, aunque débil, iluminó el habitáculo. Lo suficiente para que Julie contemplara con aterrorizados ojos al morador. Sentado. En actitud meditativa. La cabeza ladeada hacia Julie. Se trataba de un cadáver. Imposible catalogarlo de hombre o mujer. Totalmente desecado. Con las cuencas vacías. Las mandíbulas desencajadas. Los brazos arqueados, rígidos, con restos de piel acartonada y reseca.

Por una de aquellas vacías cuencas asomó el hocico de una lustrosa rata de gris pelaje.

El alarido de Julie retumbó en toda la cueva.

El encendedor escapó de su mano derecha. También soltó el bolso. Ni tan siquiera hizo ademán de recogerlo.

Emprendió veloz carrera.

Cayó más de una vez, pero se incorporaba con rapidez. Dominada por el miedo. Con el cuerpo bañado en sudor. Jadeante…

El eco de sus propias pisadas le hacía imaginar que era perseguida por una legión de fantasmas.

Buscó desesperadamente la salida.

Tropezó por enésima vez. Al caer, sus manos rozaron algo. Era su bolso. Había estado dando vueltas por aquel infernal laberinto para retornar al mismo sitio.

Julie comenzó a reír histérica.

Gateó tratando de encontrar el encendedor.

Súbitamente una luz al final de una de las galerías. Muy fugaz como el vertiginoso paso de un faro.

La mujer se incorporó corriendo hacia allí.

Con la esperanza de que fuera una salida.

Ya próxima percibió cómo la tierra se abría bajo sus pies. Gritó al perder el equilibrio y caer engullida. Se deslizó en espiral. Como en un maligno tobogán que les conducía al mismísimo Averno.

CAPÍTULO VII

Julie White cayó sobre confortable lecho de paja.

Estaba en una reducida cámara subterránea. En las entrañas de la montaña… o en el infierno. Miró hacia arriba descubriendo el agujero por donde había descendido tan vertiginosamente.

La sala era circular.

Semejante a un horno crematorio.

Aquella impresión hizo que Julie se incorporara encaminándose hacia la única salida visible. Una oquedad en la abovedada pared. Frontal al agujero, aunque éste, por su altura, resultaba inalcanzable.

Julie se detuvo al divisar los resplandores procedentes de la estancia contigua. Retrocedió al ver entrar la siniestra figura.

Sí.

Ya no había duda posible. Estaba en el Averno. Y el mismísimo Satanás salía a recibirla.

Con una tosca capucha negra cubriendo su cabeza. Sólo visibles sus ojos por los orificios realizados en la tela. Una túnica hasta los tobillos. Los pies descalzos. En su diestra una antorcha que ajustó a una saliente de la pared.

—Hola, nena.

Julie, pese a la desfigurada voz entorpecida por la capucha, creyó reconocerla.

—¿Eres… eres…?

—¿Quién? —Rió el encapuchado—. ¿Quién cree que soy? No me conoces. No tengo nombre. No es prudente mencionarlo. Estoy rodeado de enemigos. Tú eres uno de ellos; pero Hawk te ha descubierto a tiempo. Hawk. Ése es mi nombre de combate. El temible Hawk.

Julie sacudió la cabeza.

Aturdida y temerosa.

—Esto… esto es un juego cruel. Ya es suficiente, por favor. Eres el hombre del Pontiac. El que me pagó para…

Julie enmudeció.

Tras el que dijo llamarse Hawk surgió un nuevo personaje. Éste con capucha de color rojo. También con túnica larga, de igual color.

—Hola, Snake. Ésta es la espía de que te hablé —dijo el encapuchado negro—. ¿Qué te parece?

Dos diminutos ojos destacaban en la roja capucha. Unos ojos fríos. Inexpresivos. Como dos esferas de hielo.

—Tenías razón, Hawk. Es muy bonita.

—¡Yo la he visto primero! —Exclamó Hawk—. ¡Yo la he descubierto! Y seré el primero en poseerla. ¿Alguna objeción?

La grotesca capucha roja se movió lentamente.

Hawk rió en gutural carcajada.

—Lo celebro, Snake. No te preocupes. Sólo es cuestión de no impacientarse y esperar turno. ¡Ah, condenación…! Es en verdad muy bonita… Una flor en el infierno.

El encapuchado negro avanzó hacia la aterrorizada Julie.

Sus ojos devoraban lujuriosos el cuerpo femenino. El sudor que empapaba a Julie pegaba el *sweater* a sus senos. Ciñéndolos como una segunda piel.

Hawk se despojó de la capucha.

El individuo del Pontiac.

—¿Qué significa todo esto? —Dijo Julie, forzando una sonrisa—. Si se trata de un juego me tranquilizaría saberlo, Hawk… Bueno… sigo sin saber tu verdadero nombre y me…

—¡Hawk! ¡Ése es mi nombre! ¿Y el tuyo? ¿Cómo te llamas tú, perra?

—Soy… soy Julie… Ya has olvidado mi…

Hawk hizo un rápido movimiento.

De la bocamanga izquierda de la túnica extrajo un cuchillo de ancha y corta hoja. Lo aproximó al cuello de Julie.

—Ni una sola palabra más, ¿entendido? Ahora te dedicarás a obedecer. Una sola palabra, una sola protesta… y te secciono la yugular. ¡Desnúdate!

Julie obedeció.

Más impresionada por la demoníaca expresión reflejada en el rostro del individuo que por la real amenazada del cuchillo.

Se despojó del sweater. Con alguna dificultad. No sólo por lo ceñido, sino por el sudor que lo pegaba a la piel. Deslizó la cremallera del pantalón bajándolo por las caderas. Con rapidez. Se descalzó para poder salir de él. Al introducir los pulgares bajo el elástico del slip, sonó la voz de Hawk.

—¡Quieta!… Eh, Snake… Mírala… Llevamos mucho tiempo sin encontrar nada igual… Hoy es nuestro día de suerte, ¿verdad, camarada?

Los ojos del encapuchado rojo se posaron en la mujer.

Julie temblaba de pies a cabeza. Con un descompasado subir y bajar en sus senos. Protegida sólo por las minúsculas braguitas de encaje.

Y los ojos de Snake no se alteraron lo más mínimo. Ningún destello. Continuaron fríos, inhumanos…

—¡Al suelo, pequeña —rió desaforadamente Hawk, empujando a la muchacha sobre el lecho de paja—. Vamos a divertirnos!

Se abalanzó sobre Julie.

Clavó el cuchillo a escasas pulgadas de la cabeza de Julie. Hundiéndolo con fuerza en el suelo. Acto seguido abrió la túnica. Era su única vestimenta. Besó salvajemente la boca de Julie a la vez que sus manos amasaban lujuriosos los pechos femeninos. Tiró de ellos con sádico placer. Deslizó su diestra aferrando la goma del slip desgarrando la fina prenda.

Julie cerró los ojos.

Incapaz de soportar por más tiempo la visión de aquel rostro desencajado en demoníaca mueca. Ni tan siquiera los abrió al ser brutalmente poseída.

Sólo al sentirse libre de aquel cuerpo sobre ella entreabrió los ojos. Siguió inmóvil. Con los brazos en cruz. Sobre aquel lecho de húmeda paja. No había despegado los labios. Ninguna queja. Ningún gemido entre los crueles mordiscos, el ensañamiento de las caricias, la infame violación… Todo lo soportó. El pánico era superior al dolor.

—Buena chica… Te has portado muy bien —rió Hawk—. ¡Es tu turno, Snake!

El encapuchado rojo avanzó lentamente hacia Julie.

Se acomodó entre las piernas de la muchacha a la vez que se despojaba de la capucha.

Julie, que parecía inerte y resignada a su suerte, dio un respingo desorbitando los ojos. Reflejando en su rostro una mueca de incredulidad. Cuando Snake entreabrió su túnica, el estupor de Julie se acompañó de indescriptible terror.

—No… ¡No…! ¡No…!

* * *

De nuevo se habían ajustado las capuchas.

Hawk le propinó su segundo puntapié al bajo vientre. Fue acusado por un gemido de dolor que brotó de Julie.

—¿No me has oído? ¡He dicho que te levantes!

Julie obedeció lentamente. Con gran esfuerzo logró incorporarse. Por la cara interior de los muslos resbalaban hilillos de sangre.

—Piedad… por favor… dejadme marchar…

—¿Dejarte marchar? No seas estúpida. Esto sólo ha sido una pequeña diversión. Botín de guerra lógico en todo soldado. Ahora ha llegado el momento de actuar en consecuencia. No olvidamos que estamos en guerra.

Julie parpadeó.

Aquel hombre, Snake…

—Está loco… Por favor… Usted sí puede…

—¡Aparta! —gritó Hawk, empujando a la muchacha e impidiendo su caminar hacia el encapuchado rojo—. Yo me encargaré de ti. En cinco minutos te haré confesar. Delatarás a tus compañeros.

Julie trastabilló.

Hubiera caído de no ser sujetada por Hawk.

La condujo hacia la oquedad semicircular que comunicaba con la estancia continua.

Igualmente ovalada, aunque más amplia.

Con profusión de antorchas. Un descomunal armario se acompañaba de siete sillas rudimentariamente construidas.

Cuatro de ellas ocupadas.

Por cuatro cadáveres.

Julie los contempló horrorizada, aunque ni tan siquiera tuvo fuerzas para gritar.

—Ahí tienes a cuatro de tus compañeros, Julie. Ellos ya han

confesado. Les hemos desecado —Hawk hizo que la mujer se aproximara a los cuatro cadáveres grotescamente acomodados en las sillas—. Es un método sencillo. Utilizado en la antigüedad por algunas tribus. Se colocan los cadáveres encima de una especie de parrilla formada por tubos de arcilla cocida, en el interior de un horno. Una vez eliminados los humores se rellena el cadáver de paja.

Snake dejó oír su voz.

Una voz sibilante y extraña.

—Se requiere tiempo, Hawk. Mejor sería petrificar los cadáveres sumergiéndolos en un baño de arsénico…

—Tampoco es mala idea…

Julie mantenía la mirada fija en los cuatro cadáveres.

Cuatro cuerpos desecados.

De rostro desencajado que acusaba el horror que les acompañó hasta los mismísimos umbrales de la muerte.

Y Julie gritó.

Con todas sus fuerzas.

Se zafó de Hawk empezando a correr por la estancia. En dirección a uno de los túneles de la pared que, junto con el que conducía al horno, parecía ser la única salida.

Lo encontró tapiado.

Ocupado por una extraña silla metálica.

Similar a las utilizadas por los condenados a la cámara de gas.

Julie retrocedió.

Continuó corriendo.

Desesperada y enloquecida.

Era como un pequeño ratón atrapado en una urna de cristal.

Julie terminó su angustioso recorrido aferrándose a la pared rojiza. Los brazos extendidos. Arañando la tierra en un vano intento por escalarla. Lentamente fue resbalando hasta caer al suelo. Sollozando entrecortadamente.

No opuso resistencia cuando los dos encapuchados la levantaron.

—¿Ya te has cansado? —rió Hawk—. Necesitas reposo, nena… Siéntate…

Fue acomodada en una silla.

Sólo cuando las cintas de cuero sujetaron sus muñecas se percató

de que estaba sobre aquella extraña silla metálica.

Y de nuevo volvió a gritar y debatirse desesperadamente.

Por poco tiempo.

Manos y tobillos quedaron sujetos a la metálica silla merced a las cintas de cuero. Una cuarta correa se ciñó al cuello de Julie inmovilizando su cabeza.

—¿Qué… qué van a hacer conmigo…? ¿Por qué…?

—Queremos información, muñeca —dijo Hawk, con los ojos demoniacos brillando tras la capucha—. Datos de las patrullas del Vietcong que operan por esta zona. Número de hombres y armamento de que disponen.

Julie dirigió una suplicante mirada al encapuchado rojo. Enfrentándose a sus ojos. A aquellas dos esferas de hielo.

—Piedad… Piedad…

Imploraba sin mucha convicción.

Consciente de que en aquellos fríos e inhumanos ojos no existía sentimiento alguno.

—¿Empezamos, compañero? —sugirió Hawk, que intermitentemente dejaba oír su gutural risa—. Estoy impaciente.

El encapuchado rojo asintió avanzando hacia el armario.

Julie estaba sentada frente al mueble.

De ahí su mueca de horror al descubrir el contenido del armario.

Plagado de refinados instrumentos de tortura.

Antiguos y modernos.

Todo un muestrario.

—Tienes las piernas muy bonitas —dijo Hawk, deslizando su mano derecha por los desnudos muslos de Julie—. ¿Y los huesos? Apuesto que será divertido oír cómo se quiebran.

Aquellas palabras de su compañero decidieron a Snake.

Extrajo del armario unos borceguíes de hierro.

Con ayuda de Hawk los acopló a Julie.

Desde los tobillos a la rodilla. Julie sacudía la cabeza.

Lo poco que le permitía la cinta de cuero ceñida al cuello.

Alucinada. Incrédula. Incapaz de asimilar todo aquel horror.

—¿Qué… qué van a hacer conmigo…?

El encapuchado rojo estaba introduciendo unas cuñas de madera en los borceguíes calzados a la muchacha.

Hawk ya sostenía entre sus manos el pesado mazo.

—Al introducir por completo las cuñas estallarán todos los huesos del pie… ¡Así…! ¡Así…!

Descargó el mazo.

Violentamente.

Sobre una de las cuñas de madera colocadas en el borceguí izquierdo.

El desgarrador alarido de Julie fue acompañado de una estremecedora mueca de dolor que desencajó sus facciones.

Espeluznantes gritos que se sucedían a cada golpe de mazo.

Las tres cuñas quedaron introducidas en el borceguí izquierdo.

Resquebrajando por completo todos los huesos del pie.

Julie estaba pálida.

Los ojos desorbitados y la boca desmesuradamente abierta.

El lacerante dolor le cortaba la respiración.

Y de nuevo Hawk volvió a actuar.

Ahora sobre las cuñas empleadas en el borceguí derecho.

Los ya enronquecidos alaridos de la muchacha eran coreados por las satánicas carcajadas de Hawk.

—Bien… Bien… ¡Así, maldita…! ¡Grita…! ¡Quiero oír tus gritos…! ¡Grita…!

Snake contemplaba la escena impasible.

Con indiferente mirada.

Ajeno al sadismo que dominaba a su compañero.

Julie cesó de gritar inclinando la cabeza.

—Se ha desmayado, Hawk.

El encapuchado negro arrojó el mazo hacia el armario.

—No…, es un truco. Un truco para evitar el interrogatorio. Les conozco bien. Yo la haré reaccionar.

Hawk tomó un recipiente acudiendo de nuevo junto a la muchacha.

La aferró por los cabellos tirando hacia atrás.

Julie entreabrió los ojos.

Aquello hizo retornar la carcajada al encapuchado.

Máxime cuando le volcó al líquido en las fosas nasales.

Un considerable chorro de vinagre.

Julie comenzó a sacudir la cabeza a la vez que sus ojos parecían salirse de las órbitas.

Quiso gritar, pero de su boca sólo brotó un ronco estertor

acompañado de vómito.

Siguió agitándose convulsiva.

Atormentada por violentos espasmos.

Hawk reía divertido.

—¿Ya has recapacitado…? ¿Dispuesta a hablar?

Sí.

Julie hubiera hablado de buen grado. Inventando cualquier historia. Cualquier cosa con tal de salvar la vida. Por escapar de aquel horror…; pero era incapaz de articular palabra alguna.

—Te resistes, ¿eh…? Sois de cabeza dura.

—Yo no opino así, Hawk —dijo el encapuchado rojo con su peculiar voz silbante—. Son de cabeza blanda y hueca.

—¿Blanda y hueca…?

—Podemos comprobarlo, Hawk.

Hawk, tras unos instantes de indecisión, comenzó a mover afirmativamente la cabeza mientras su risa se tornaba en estridente carcajada.

—Si…, es cierto… tenemos el instrumento adecuado…

Acudió al armario rebuscando entre los infernales objetos allí depositados.

Una exclamación de júbilo hizo tender sus manos hacia el aro de hierro.

Un torniquete.

—Mira esto, Julie. Recuerdo que lo compré en una tienda de antigüedades. Es un torniquete del siglo XIX. Se acopla a la frente y, dando vueltas aquí hace estallar el cráneo escupiendo los sesos…

El terror enloqueció a Julie.

Aulló en lastimero gemido al sentir el aro de hierro en torno a su frente.

Hawk empezó a apretar el torniquete.

Ladeado hacia la muchacha.

Quería contemplar su rostro.

Ver la transformación.

El estallido craneal, el saltar de los ojos fuera de las órbitas, los chorros de sangre por la boca, nariz y oídos…

Sí.

No quería perderse tan maravilloso espectáculo.

CAPÍTULO VIII

Sheila aplicó el encendedor del auto al Merit-Menthol. Tras exhalar una bocanada de humo fijó su mirada en Samms.

—Sigo sospechando que me ocultas algo, Mickey. Ayer noche no tenías proyectado acompañarme hasta Bewes Flat.

Mickey Samms conducía su Buick «Skyhawk» ya lejos de Albuquerque. Por una de las carreteras comarcales que comunicaban con Bewes Flat.

—No tengo ningún interés en Bewes Flat, pero sí en conocer a los Matheson.

—¿Por qué?

—Forman parte de la investigación. Es lógico, ¿no? Jess Dugan estaba invitado en el rancho de los Matheson. Hacia él se dirigía cuando desapareció.

—Tú eres el detective —dijo Sheila, sonriente—. Y me complace tu decisión.

—Te he ahorrado el servicio de taxi, ¿eh?

La muchacha rió en cascabelera carcajada.

—No sólo eso, Mickey. Me agrada estar contigo. Aunque ayer me despreciaste. Desde mi habitación te oí subir. Esperaba que entraras.

—No quise despertarte.

—Apenas hacía treinta o cuarenta minutos que me habías dejado. En situación muy humillante, por cierto. Te constaba que no dormía.

—No fue mi intención humillarte, Sheila; pero jamás antepongo el placer al deber.

—Te perdono.

—Eres muy generosa.

—Y tú un eterno rencoroso —murmuró la joven acercándose a Samms—, pero tu ironía no me molesta. Estoy contenta por tenerte

a mi lado. En el rancho de los Matheson disfrutaremos de…

—Un momento, un momento… No estoy en plan de vacaciones y tampoco he sido invitado por los Matheson.

—Lo serás con sólo decirles que eres amigo mío. Incluso apuesto que la señora Matheson te recibirá con los brazos abiertos. Es su costumbre.

—Ahora eres tú la irónica… ¿Qué ocurre con la señora Matheson?

—Nada. Sólo que es muy… complaciente. ¿Qué vamos a decirle a mi padre? Él sí te conoce.

—Dudo que me recuerde. Sólo coincidimos un par de veces. Y de eso hace ya cinco años.

—Te recuerda, Mickey. Fuiste mi primer pretendiente. Aun suponiendo que haya olvidado tu aspecto físico, sí recordará el nombre y tu condición de policía.

—Sabes que soy investigador privado. A los pocos meses de tu boda me envió una carta desde el hospital. Dirigida al Departamento de Homicidios. En ella se lamentaba de que nuestras relaciones se hubieran roto y me ofrecía su incondicional amistad. De Homicidios me la remitieron a mi despacho de detective.

—¿Le contestaste?

—Sí, unas breves líneas agradeciendo el gesto. También le comunicaba mi renuncia como policía y la obtención de la licencia de investigador privado.

Sheila ahogó un suspiro.

—Entonces no será fácil engañarle. Adivinará que tu presencia es motivada por la desaparición de Jess.

—No importa. Confío en la discreción de tu padre y no dudo que…

—¡Por aquí, Mickey! —Interrumpió la muchacha—. La bifurcación de la izquierda. Conduce directamente al rancho de los Matheson. No es necesario atravesar Bewes Flat.

Mickey Samms giró el volante a la izquierda.

Un asfaltado camino, mejor incluso que la comarcal, les llevó a la hacienda de los Matheson. Un sendero protegido por frondosos árboles, vegetación pródiga en petunias y aromática savia.

Pasaron bajo el arco de la empalizada que circundaba la casa. Un rancho que, aunque con ciertas concesiones al pasado, distaba

mucho de los viejos estilos californianos marcados por la huella española.

Las cercas del ganado muy distantes. Apenas visibles. Evitando ser olfateado. También el barracón de los vaqueros y peones distanciado de la hacienda.

Una magnífica casa de dos plantas. Con amplio porche totalmente cubierto por espesa parra. Un circular seto permitía el cambio de dirección a los vehículos. Un estacionamiento a poca distancia con capacidad para Una docena de autos.

A la derecha de la casa, sobre verde y bien cuidada hierba, se divisaba la mesa jardín, varias sillas, un balancín y la pista de tenis. También una piscina de sinuoso diseño.

Sí.

Todo aquello distaba mucho de los ranchos clásicos.

Mickey Samms estacionó bajo el entoldado del *parking* exterior. Junto a un Cadillac «Eldorado», un Dodge «Royal» y un Ford «Maverick».

Descendieron del auto.

Cuando caminaban hacia el porche, una mujer les acudió al encuentro procedente de la piscina.

Sheila se detuvo sonriente.

—Hola, Meryl.

—Buenos días, pequeña. No te esperábamos tan pronto.

Las dos mujeres simularon el intercambio de un beso.

—Quiero presentarte a un buen amigo —dijo Sheila—. Mickey Samms. Él me ha hecho madrugar. Mickey… Ésta es la señora Matheson.

Cruzaron las habituales palabras de cumplido.

—Es toda una hazaña hacer madrugar a Sheila, señor Samms.

—Samms odia todo tipo de tratamiento —indicó Sheila—. ¿No es cierto, Mickey?

—En efecto.

—Lo celebro…, Mickey —sonrió Meryl Matheson—. También yo. Llámame Meryl. Todos somos jóvenes.

Meryl era precisamente la menos joven del trío. Ya había cumplido los treinta y cuatro años de edad. Pelirroja. De rostro atractivo. Lucía un bañador en lycra tricot que se ajustaba provocativamente al cuerpo. Los tirantes que se anudaban tras el

cuello colgaban sobre los opulentos senos. Unos pechos que eran moldeados por la fibra. Resaltando su turbadora turgencia. Incluso resultaba perceptible la ancha aureola que circundaba el saliente punto acusado por los pezones. La lycra también ceñía la cintura en seductor contraste con la ampulosidad de las caderas. Sus muslos eran largos, mórbidos, bronceados…

Meryl se había despojado de las gafas de sol.

Y su mirada correspondió a Samms con la misma insolencia que éste la obsequiaba. Resultaba imposible no contemplar a Meryl con lujuriosos ojos. Era como una jugosa fruta. Madura, pero sumamente apetitosa.

Sheila carraspeó.

Algo molesta por aquel intercambio de miradas.

—¿Dónde está mi padre y Emma?

—¿Cómo?… Ah… En el salón. Se levantaron hace poco. Ellos no han sido tan madrugadores. Ir delante. Me reuniré con vosotros cuando esté un poco más… presentable.

Meryl quiso sonreír tímidamente, pero no lo consiguió. Su sonrisa fue sensual. Acentuada al tirar, con falso pudor, del escote del bañador. Tratando de subir la ceñida tela. Sólo logró hacer oscilar provocativamente sus prominentes senos que volvieron a quedar semidesnudos.

Sheila tomó el brazo derecho del detective conduciéndole hacia los escalones del porche.

—La muy… Ya te ha encandilado, ¿no es cierto, Mickey?

—Es una mujer de carácter —sonrió Samms, burlón—. De cualidades que… saltan a la vista.

—Muy graciosos.

Penetraron en la casa.

La sonrisa se fue borrando paulatinamente del rostro de Samms. Ya estaba en el rancho de los Matheson. ¿Era cierta la pista dada por Julie White? ¿Estaba allí la respuesta de la desaparición de Jess Dugan?

Mickey Samms tenía sus dudas.

Hubieran quedado disipadas de saber qué fue de Julie White.

* * *

Ned Matheson succionó largamente el aromático veguero.

—Me hubiera gustado ser escritor, Mickey. Y a decir verdad tengo muchas cosas que contar, ¿eh, Blake?

Blake Andrews, el padre de Sheila, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí, diablos —siguió Ned Matheson, tecleando su dedo índice sobre el grueso cigarro—. ¡Muchas cosas interesantes! Desgraciadamente soy incapaz de pasar mis pensamientos al papel.

—Dudo que las historias fueran de interés para el público.

La observación había sido hecha por Emma Andrews. Con tenue voz. Sin levantar la mirada de la mesa.

—¿Por qué dices eso, Emma? —inquirió Matheson.

—Es fácil deducir que todas sus historias… interesantes tienen como escenario el Vietnam. Su estancia allí, sus combates, la violencia, la guerra… ¿me equivoco?

Ned Matheson rió en sonora carcajada.

—Tú eres escritor, Mickey. ¿Qué opinas? ¿Consideras de interés la intervención USA en el Vietnam?

Samms exhaló una bocanada de azulado humo.

Contempló a Emma.

Era una mujer bella. De carácter aparentemente sumiso. Más joven que Blake Andrews.

—Considero que hay lectores para todo, Ned. Uno puede leer los crímenes nazis sin pestañear y, sin embargo, vomitar con un capítulo de *Love Story*.

Matheson volvió a reír.

—Muy bueno, Mickey, muy bueno…

Estaban tomando el café en uno de los salones de la casa. Después de haber disfrutado de copioso almuerzo.

—Dejemos a las mujeres —dijo Ned Matheson, incorporándose —. Vamos a tomar unas copas.

—El señor Samms tiene que ir a Streep Creek —advirtió Meryl —. He quedado en acompañarle.

—¿A Streep Creek? ¿A ese villorrio…? ¿A qué Mickey?

—Tengo allí a mi abuelo. Quiero visitarle y…

—¡Puedes traerlo para aquí, maldita sea! Será también nuestro invitado. Esto es muy solitario y…

—Me hospedo en Albuquerque —interrumpió Samms, con cordial sonrisa—. Te agradezco sinceramente la invitación, pero no

quiero abusar tu hospitalidad. Quise acompañar a Sheila y saludar a su padre. Sólo eso.

—Tonterías. Te quedarás un par de días con nosotros. Y también tu abuelo. ¡Ahora vamos a tomar un fabuloso *brandy*…!

Los tres hombres abandonaron el salón.

Ned Matheson les condujo hacia una de las estancias de la casa. Situada en la primera planta.

—¿Qué te parece, Mickey?

Samms parpadeó.

El pequeño museo de Ned Matheson.

De las paredes colgaban infinidad de armas de las utilizadas por el Vietcong. Mapas de las zonas del Vietnam. Insignias de los oficiales fieles a Hanoi. Recortes de periódicos enmarcados donde se hacía referencia a las vergonzosas matanzas de My-Lai, Song-My, Pinkville… Fotografías de Ned Matheson hundiendo la bayoneta en el vientre de un «vietcong», en un poblado incendiado y rodeado de cadáveres, colocando una mina… También un mueble repleto de libros y publicaciones, todos ellos con la guerra del Vietnam como tema.

De todo aquello destacaba la urna. Una caja de cristal depositada sobre una repisa. Y en su interior, conservada en alcohol, la seccionada cabeza de un oficial del Vietcong. En la etiqueta pegada al cristal podía leerse su nombre, graduación y fecha.

—Yo mismo le corté la cabeza —sonrió Ned Matheson, orgulloso de la hazaña—. Un ocho de abril de 1969.

Mickey Samms no hizo ningún comentario.

No quería abrir la boca. Sentía náuseas y el almuerzo estaba demasiado reciente. Tampoco Blake Edwards despegó los labios.

Ned Matheson hablaba por los tres.

—Para muchos norteamericanos la guerra de Vietnam es considerada como un suceso lamentable y vergonzoso. Otros ni tan siquiera le dan importancia. ¡Fue algo grande, Mickey! ¿Sabes que nuestro ejército lanzó sobre Vietnam más cantidad de bombas que las que se lanzaron sobre Alemania y el Japón juntos en la Segunda

Guerra Mundial?

Sí.

Mickey Samms conocía aquella estadística. Fue publicada en la prensa. También se dijo que los

B-52

USA mataban a un soldado norvietnamita con cada setenta y tres toneladas de explosivos.

Estadísticas curiosas.

Ned Matheson estaba rebuscando en el mueble.

—Maldita sea… Creí que tenía una botella de *brandy* aquí… Esperar. Abandonó la estancia.

Mickey Samms y Blake Edwards intercambiaron una mirada. Era la primera oportunidad que tenían de hablar a solas.

—Vergonzoso, ¿verdad? —Murmuró Blake Edwards, fijando los ojos en las sangrientas fotografías de la pared—. Y lamentablemente cierto.

Samms aplastó el cigarro en un cenicero.

—Creí que tratabas de olvidar todo esto, Blake. Regresaste del Vietnam en muy malas condiciones físicas. Te hospitalizaron en varias ocasiones. Éstos… atractivos no te harán ningún bien.

—Lo sé, Mickey; pero debo a Ned Matheson muchos favores. No puedo rehuir su invitación anual. Gracias a los cuidados de Emma me encuentro muy bien. En Emma he encontrado la ayuda que necesitaba. Es perfecta esposa, compañera y enfermera. He tenido mucha suerte.

—Entonces haces mal en castigarla. Emma no debe nada a Ned Matheson. Y es patente que se encuentra aquí molesta.

—Yo le sugerí que se quedara en Santa Fe, pero quiso estar conmigo. Dice que es su deber de esposa. Sólo estaremos unos pocos días. Una semana como máximo. Pronto llegarán otros compañeros de armas… El día quince celebramos el almuerzo de despedida.

—Sí. Ya me ha comentado Sheila que por estas fechas es la reunión. La celebración de un hecho glorioso. Me sorprende. Dudo que se encuentre un solo suceso glorioso en la intervención norteamericana en Vietnam.

—Mickey, yo…

—Discúlpame, Blake —interrumpió Samms, tendiendo sus manos hacia los hombros de Edward—. Me consta que tú no eres

como Ned Matheson. No debí juzgar… a decir verdad no soy quién para juzgar a nadie. Al Vietnam acudieron de todo, idealistas y basura. Olvidemos… y salgamos de aquí.

Blake Edwards sonrió.

—Sí, tienes razón. ¿Cómo te van las cosas, Mickey?

—No me puedo quejar.

Abandonaron la estancia caminando hacia el amplio *hall* que conducía al porche.

—¿Mejor que en el Departamento de Homicidios?

—Lo echo de menos, pero no podía soportar aquella situación. Me irritaba ver las manos atadas por los legalismos. Inclinar la cabeza ante un abogado astuto que representaba un *habeas corpus* y salía del brazo del fulano sospechoso de asesinato. En ocasiones mucho más que sospechoso. Como detective puedo actuar sin esos condicionalismos.

—Mi hija Sheila sigue creyendo que abandonaste Homicidios por su consejo. Para aumentar de sueldo.

—¿De veras? Ahora gano menos.

Los dos hombres rieron al unísono.

—Mickey…

—¿Sí?

—¿Estás investigando la desaparición de Jess Dugan?

—Ajá.

—Cuenta con mi colaboración. No me gustó que Sheila se casara con él, pero era su deseo y… Bueno, cuenta conmigo.

—Gracias, Blake. Discúlpame con los Matheson.

—¿Te marchas?

—Sí. Pero volveré. Pernoctaré esta noche aquí. Quiero conocer los alrededores. Ahora voy a Streep Creek.

—¿Es cierto lo de tu abuelo?

—Lo es —sonrió Samms—. Nadie me cree, pero tengo un abuelo a mi cargo. ¡Hasta luego!

—Eh, Mickey… ¿no había quedado la señora Matheson en acompañarte hasta Streep Creek?

Samms descendió los escalones del porche.

—Prefiero ir solo preguntando el camino. Lo considero más… prudente.

CAPÍTULO IX

Raquel Moore había heredado la belleza de las mujeres apaches.

Su abuela fue la más bella de todas las apaches de la reserva de Jicarilla, al norte de Nuevo México.

De tan seductora belleza quedó cautivo un rico hacendado que se unió a ella en matrimonio.

Su hija también se casó con un hombre blanco.

Su nieta Raquel…

No.

Ella aún permanecía soltera.

Raquel Moore contaba veinte años de edad.

Pelo negro como el azabache.

Ojos color del ágata.

Piel de intenso bronceado.

La perfección de sus facciones se armonizaba con un cuerpo de ninfa.

Vestía camisa a cuadros y falda larga ceñida por ancho cinturón.

Sus senos eran breves, aunque erguidos y pujantes, tensando la tela.

La cintura cimbreante.

Las caderas de suave curva.

—No digas tonterías, Alfred. Los fantasmas no existen. Sólo falsas visiones originadas por el miedo.

Alfred bizqueó.

—¿Me llamas miedoso, Raquel?

—Más o menos.

—¿Has oído eso, Mickey? —Exclamó el anciano, fingiendo enfado—. ¡Yo miedoso!

Mickey Samms se percató de aquel ensimismamiento.

Hizo chasquear los dedos ante los ojos de su nieto.

—¡Eh, Mickey…! ¡Despierta!

Raquel rió en cantarina carcajada.

—Tu nieto está muy pensativo, Alfred. Debe ser un hombre con muchos problemas. Haces mal en venir aquí, Mickey. Streep Creek es un pueblo tranquilo y enemigo de preocupaciones.

—No tan tranquilo —intervino Carlos Mendoza, propietario de la posada. Depositó la bandeja sobre la mesa—. Yo creo en la historia de Giménez. Si asegura que hay un fantasma en la Montaña de los Espíritus, dice verdad.

Raquel tendió su diestra hacia el vaso de *gin-tonic*.

Sus gordezuelos labios volvieron a sonreír.

—Por favor, Carlos… Era de noche. No había luna. Giménez ha permanecido mucho tiempo en la reserva apache de Mescalero. Allí la ocupación favorita es contar viejas leyendas. Alguien le mencionó la de la Montaña de los Espíritus. Los supuestos lamentos de ultratumba que Giménez escuchó eran producidos por el silbar del viento.

—Eran lamentos humanos.

—No, Carlos. Yo he hablado con Giménez. Asegura que procedían de las bocas de la montaña. Muy tenues. Lejanos. Apenas audibles… La Montaña de los Espíritus fue antiguamente un poblado zuni. Abandonado hace ya más de cien años. No queda nada en su interior. Los posibles objetos de valor arqueológico han sido ya saqueados. La Montaña de los Espíritus fue precisamente una de las primeras zonas que inspeccioné. Había oído hablar de restos humanos momificados por los zuni, pero no encontré nada. Absolutamente nada.

—¿Coleccionas momias? —interrogó Samms, después de beber un sorbo de *whisky*.

—No es ése mi *hobby*. Simplemente se trata de una tesis para mi doctorado en la Universidad. Llevo aquí dos semanas. Dos semanas perdidas. Mañana regreso a Santa Fe con muy pocos datos de interés. Sólo leyendas, supersticiones…

—Zooma y su familia, grandes zunis, fueron enterrados en la Montaña de los Espíritus —afirmó Carlos Mendoza, con grave voz —. Momificados.

—¿De veras? Yo no he visto nada, aunque reconozco que aquella gigantesca montaña es un auténtico laberinto. Volveré a echar un vistazo esta noche.

—¡No lo haga! —Casi gritó el posadero—. ¡No lo haga, señorita Moore! Los espíritus… Giménez pudo oírlos… También Quesada, el año pasado y por estas mismas fechas, pudo ver a los espíritus caminar hacia la montaña sagrada.

Mickey Samms, que escuchaba todo aquello con indiferencia, arqueó las cejas delatando un súbito interés.

—Un momento, Carlos… ¿Durante todo el año no se han manifestado los espíritus?

—Posiblemente sí, señor; pero yo sé lo que me contó Quesada el pasado año. Y lo de Giménez ahora. Disculpen… Es peligroso hablar de ciertos temas.

El posadero se alejó hacia el mostrador.

Raquel ahogó un suspiro.

—Lo que resulta triste es estar todavía dominados por la superstición. En Santa Fe somos muchos los descendientes de apaches, navajos y zunis que ocupan cargos importantes en la industria, la administración y en profesiones especializadas. En la misma Universidad muchos de mis compañeros, al igual que yo, descienden de indios establecidos en Nuevo México. Creo que a ninguno de ellos les domina la superstición a las ancestrales leyendas.

—Pareces orgullosa de ello, Raquel.

La muchacha enfrentó sus bellos ojos a los de Samms.

Consciente del reproche oculto en las palabras del detective.

—Estoy contra la superstición, Mickey; pero no contra la historia de mi pueblo. Reconozco que la he olvidado. Estoy integrada en una sociedad de consumo y aburguesada. Quiero redimir parte de mi culpa con esa tesis doctoral.

—Te comprendo, Raquel. Sólo que es injusto acusarles de estar dominados por la superstición. Nosotros, sin ir más lejos, estamos dominados por la televisión. Les envidio. Superstición, idolatría, fanatismo, leyendas… Ellos al menos están a salvo de los *spots* publicitarios.

Raquel volvió a reír divertida.

En espontánea carcajada.

—Eres un tipo simpático, Mickey. Debí imaginarlo siendo nieto de Alfred. Desde que Alfred llegó a la posada los días se me hacen más cortos. Bueno…, voy a preparar mi equipo para esta noche.

—¿Piensas ir a la llamada Montaña de los Espíritus?

—Es mi última oportunidad.

—Pierdes el tiempo, hija —dijo Alfred, con una mueca de repugnancia al olfatear la zarzaparrilla que le había sido servida por indicación de Samms—. Te acompañé una vez y allí sólo había ratas.

—Los espíritus salen de noche, Alfred. Espero fotografiar a uno de ellos. ¡Adiós! Ha sido un placer conocerte, Mickey.

La muchacha se alejó con paso juncal hacia la escalera que comunicaba con el piso superior de la posada.

Seguida de la mirada de Samms.

—Mickey…

—¿Sí, abuelo?

—Estás babeando sobre la mesa.

—¡Al diablo contigo! —Sonrió Samms, consultando la esfera de su reloj de pulsera—. Vete a adecentarte un poco. Dentro de quince minutos salimos hacia el rancho de los Matheson.

—Ya te he dicho que no me apetece ir. Aquí estoy muy bien.

—Lo sé, abuelo; pero te necesito. Sólo por esta noche.

—¿Necesitarme? ¿Para qué?

—Vas a ser mi guía, abuelo —dijo Samms, borrando la sonrisa de su rostro—. También yo quiero visitar esta noche la Montaña de los Espíritus.

Capítulo X

Alfred Samms dejó escapar un sonoro eructo.

Carraspeó forzando una sonrisa.

—Disculpen… Creo que he cenado demasiado.

—Ya es hora de que te retires a dormir, abuelo —dijo Mickey Samms, dirigiéndole una severa mirada—. No estás habituado a trasnochar.

Alfred asintió.

Vació la copa de un solo trago.

Una copa de añejo y codiciado *brandy* que requería ser bebido a pequeños sorbos y olfateado con deleite.

Y el anciano se la ventiló como si fuera vulgar mezcal mexicano.

Meryl Matheson se incorporó tirando del llamador situado junto a los cortinajes del salón.

—Uno de los criados le acompañará a su habitación, señor Samms.

—¡Oh, no se moleste, señora! —Dijo Alfred, ahora con ruidoso hipo—. La recuerdo. Subo la escalera, al final del corredor la puerta de…

—Acompañe al señor Samms, Hayles —interrumpió Meryl, dirigiéndose al sirviente que había penetrado en el salón—. Buenas noches.

—Sí… Buenas noches…

El anciano abandonó la estancia.

En el salón quedaron Mickey Samms y los Matheson.

Sheila y los Edwards ya se habían retirado a sus respectivas habitaciones.

Ned Matheson se levantó del sillón.

—Voy a mi pequeño museo. Todas las noches, antes de acostarme, fumo allí un cigarro ordenando y clasificando nuevas adquisiciones o simplemente cambiando de lugar los objetos. Es mi

hobby. Y no todos lo comparten.

—Sí, claro…

—Me agradaría acompañarte, Ned —dijo Samms, hipócritamente—; pero en verdad estoy algo fatigado. Mañana prestaré a tu museo toda la atención que merece.

—¡Magnífico, Mickey! Te esperaré después del desayuno. Buenas noches.

La salida de Ned Matheson fue recompensada por un profundo suspiro de su esposa.

—Es insoportable… ¿No opinas igual, Mickey?

—Es tu marido.

Meryl sonrió.

Marcadamente sensual.

—Cierto. Y el que yo tenga que aguantarle no incluye necesariamente a los invitados. Tengo por norma hacerles la estancia grata. Muy grata…

—Eres muy amable.

—¿Otra copa de *brandy*, Mickey?

Meryl se inclinó para retirar la copa.

Se inclinó en demasía.

Deliberadamente.

Para acentuar todavía más el audaz escote del vestido.

Mickey Samms no necesitó para nada de la imaginación.

Los senos de Meryl, aquellos exuberantes pechos, colgaron a poca distancia de sus ojos.

En todo su turbador espectáculo.

Libres de sujetador.

Al incorporarse volvieron a quedar semiocultos por el frágil vestido.

Meryl, antes de llenar la copa de *brandy*, avanzó hacia el ventanal.

Hizo correr los cortinajes ocultando la visión del jardín. Seguidamente se acomodó en el sofá. Junto a Samms. En el lugar dejado por el viejo Alfred.

—¿Me tienes miedo, Mickey?

—¿Miedo?

—Quedamos en que te acompañaría a Streep Creek, pero escapaste solo. Fue una huida, ¿no?

—Eres demasiado peligrosa, Meryl.

—Todo lo contrario. Soy dulce, muy dulce y cariñosa…

La mujer le echó los brazos al cuello.

Como una gata en celo.

Sus labios buscaron ardientemente los de Samms.

Besándolos con ansiedad.

Mickey Samms la separó.

Al rechazarla percibió el calor que emanaba del cuerpo.

Meryl era todo fuego.

—¿Qué te ocurre, Mickey…? ¿No te gusto?

—Lo que no me gustaría es que entrara ahora tu marido. Por lo que he visto de su… museo, me parece un individuo un poco bestia. No me seduce la idea de formar pareja con el de la urna.

—Mis relaciones con Ned son distantes. Utilizamos distintas habitaciones. En contadas ocasiones compartimos una misma cama.

—¿Cuál es tu habitación, Meryl?

Los ojos de la mujer brillaron lascivos.

—La segunda puerta del corredor. La segunda de la izquierda… Te espero, Mickey… Te esperaré impaciente…

Meryl se levantó con el rostro encendido.

Cuando abandonó el salón, el profundo suspiro partió ahora de Mickey Samms.

Vació la copa de *brandy*.

También sin mucha ceremonia.

Aquella mujer era dinamita.

Samms encendió un cigarrillo aproximándose al ventanal.

Movió el cortinaje.

La iluminación del jardín y piscina ya había sido eclipsada por los criados. Al igual que los focos del porche.

Esperó a consumir el cigarrillo para salir del salón. No encaminó sus pasos hacia la escalera. Alfred le estaría esperando, pero temía un encuentro con la fogosa Meryl.

Salió al porche.

En una de las sillas del jardín encendió un nuevo cigarrillo. Debía dejar transcurrir algún tiempo antes de dar aviso a Alfred. Fue a los diez minutos cuando divisó la figura del anciano recortarse en una de las ventanas laterales. En el piso superior.

Mickey Samms tomó una pequeña piedra aproximándose a la

fachada.

La proyectó hacia el ventanal.

A los pocos segundos se abrió el marco asomándose Alfred.

Contempló a Mickey Samms, que le hacía significativas señas con el brazo derecho para que bajara.

El anciano también agitó los brazos moviendo afirmativamente la cabeza.

La maldición que brotó de labios de Alfred no fue audible para Mickey Samms.

Cerró precipitadamente la ventana corriendo de nuevo hacia el cuarto de baño.

El golpecito de la piedra había sido de lo más inoportuno.

Alfred se subió al taburete pegado a los azulejos de la pared.

Sonrió.

Aún había llegado a tiempo.

Sheila seguía allí. Podía verla por el barrado respiradero común a los dos cuartos de baño.

Sheila se estaba peinando frente al espejo del lavabo.

Lucía una larga bata de seda anudada a la cintura.

Depositó el peine en la repisa tirando del lazo y despojándose de la bata. Alfred se pasó instintivamente la lengua por los resecos labios.

Consciente de lo vergonzoso de su acción. Era denigrante espiar a una inocente muchacha. Un acto deplorable. Propio de un enfermizo *voyeur*.

Sí.

Alfred era consciente de todo aquello, pero sin embargo agrandó aún más los ojos para no perderse detalle.

Sheila quedó en vaporoso *négligé* color amarillo pálido. Muy cortito. Al auparse para abrir uno de los cajones del armario del baño quedó visible la braguita negra de encaje.

No llevaba sujetador.

Los erectos pechos se vislumbraban bajo la fina y transparente tela de la *négligé*.

Alfred dio un respingo que casi le hace caer del taburete.

Con perpleja mirada contempló al individuo que penetraba en el cuarto de baño aproximándose a Sheila.

Ésta, al verle reflejado en el espejo, quedó inmóvil.

Permitió que el individuo la abarcara por la cintura besándola en la nuca. Las manos del hombre subieron para apoderarse de los erguidos senos.

Sheila sí giró ahora.

Abrazándose al individuo.

Y los todavía incrédulos ojos de Alfred contemplaron a Sheila y Ned Matheson unirse en voraz y apasionado beso.

* * *

La luna había desertado a su cita nocturna. El negro manto del cielo carecía también de estrellas. La oscuridad era total.

—Maldita sea, Mickey… ¿Por qué no utilizar el auto?

—Tú has dicho que estaba cerca. A poco más de treinta minutos andando.

—Sí, pero yo ya no estoy para estos trotes… Espera…

Mickey Samms se detuvo contemplando al rezagado anciano que se sentaba sobre una roca. Llevó su diestra a uno de los bolsillos de la chaqueta ofreciéndole una botella plana.

—Echa un trago, abuelo.

—No quiero agua.

—Es *whisky*.

—¿*Whisky*? —Alfred atrapó la botella aplicando el gollete a los labios—. Diablos… ¡Sí…! ¡Es *whisky*!

Mickey Samms le arrebató la botella cuando ya iba por el sexto trago.

Reanudaron la marcha.

—Oye, Mickey… ¿sigues enamorado de Sheila Dugan?

—Dudo que te importe.

—No, no me importa —rió maliciosamente el anciano—. Y a ella tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—Todo fue casual, hijo. Estaba en el cuarto de baño haciendo mis necesidades cuando vi una araña subir por la pared. Es un bicho que no soporto. Trepé al taburete dispuesto a soltarle un zapatazo. Quedé junto al respiradero. Por entre los barrotes descubrí a Sheila en el cuarto de baño contiguo.

—Sucio viejo verde…

—¡Sin insultar! —protestó Alfred, muy digno—. No era mi

intención espiarla. Máxime cuando la muchacha estaba ligera de ropa. Me disponía a bajar del taburete cuando apareció él.

—¿Quién?

—Ned Matheson. Ante mis perplejos ojos se sobetearon de lo lindo. Luego, muy abrazaditos, se encaminaron hacia la cama cerrando la puerta del cuarto de baño.

—Y te quedaste sin espectáculo.

—No me crees, ¿eh?

—¿Por qué iba a dudar de tus palabras?

—No pareces muy afectado.

—No lo estoy, abuelo. Tampoco sorprendido.

—La corrupción, la lujuria, el desenfreno… —suspiró Alfred—. Una sociedad podrida, muchacho. Sólo vicio e inmoralidad. En mis tiempos no existía tan vergonzosa conducta.

—De ahí que ahora te dediques a las revistas porno.

—En efecto. Eso es… ¡No, maldita sea…! Son revistas de arte, Mickey. No siempre un desnudo o una escena amorosa es pecaminosa. Depende de los ojos del lector, de su formación, de su…

—Olvídalo. ¿Aún falta mucho?

—Ya estamos llegando —contestó el anciano, complacido por el cambio de conversación—, aunque me he despistado un poco. Desde Streep Creek el camino es más corto. Incluso con el auto se hubiera…

—¿Es aquélla? —interrumpió Samms, señalando una gigantesca montaña que se alzaba al final de la planicie. Precedida por puntiagudos peñascos y respaldada por estratos rocosos.

—Sí, Mickey. Ahí la tenemos. La Montaña de los Espíritus.

Pronto serpentearon por entre los cactos, que a modo de rígidos y silenciosos vigilantes parecían custodiar el pie de la montaña.

Reinaba un silencio sepulcral.

Las aves nocturnas enmudecidas. El aullar de los lobos y coyotes silenciado. Ni tan siquiera se escuchaba el silbar del viento por entre los desfiladeros.

Alfred carraspeó.

Impresionado por aquel silencio.

—¿Qué… qué te parece si vamos hacia el camino? Apenas bordear la montaña está el camino que lleva a Streep Creek.

Apuesto que encontraremos el *jeep* de Raquel y…

—¡Silencio, abuelo…! Escucha…

—¿Qué ocurre?

Mickey Samms se había asomado a una de las bocas de la montaña. El anciano le imitó con cierto temor.

—Quítate la dentadura postiza, abuelo. Me molesta tu castañear de dientes.

—¿Insinúas que tengo miedo? ¿A quién? ¿A los fantasmas?

Mickey Samms sacó la linterna de uno de los bolsillos de la chaqueta. También extrajo el revólver de la funda sobaquera.

—Vamos a echar un vistazo.

Alfred rió nerviosamente.

—¿Piensas liquidar fantasmas a balazos?

—Los fantasmas no gritan, abuelo. Y me pareció oír un lejano alarido. Como procedente de un profundo pozo.

—Tratas de asustarme, ¿verdad?

De los más ocultos y ahondados túneles de la montaña brotó el sonido. Un largo y lejano alarido. Un lastimero grito que parecía proceder de las entrañas de la tierra. Como proferido por uno de los condenados en el Averno.

CAPÍTULO XI

Aquello era como un sueño.

Un sueño maravilloso que Harry Oakland se resistía a creer; sin embargo los faros del camión estaban enfocándola con toda nitidez.

Harry Oakland parpadeó.

Aquello era real.

Aminoró la marcha frenando junto a la mujer que le hacía señas desde la cuneta.

—¿Le ha ocurrido algo? —Inquirió Oakland, asomándose a la ventanilla—. ¿Qué hace por aquí a estas horas de la noche?

La mujer sonrió a la vez que suspiraba aliviada.

—¡Gracias a Dios…! Llevo cerca de dos horas esperando a que pasara algún vehículo… Estoy haciendo una campaña de promoción publicitaria por la zona. Me hospedo en Quaid Hill, pero después de la cena decidí dar un paseo. Cuando me di cuenta era noche cerrada y no encontré el camino de regreso.

Harry Oakland rió divertido.

—Esta carretera pasa por Quaid Hill. Con sólo haber caminado unos treinta minutos estaría allí.

La mujer esbozó una sonrisa.

—Lo dudo. Cuando deambulé perdida por el bosque caí por un desnivel y me he torcido un tobillo. No puedo dar un solo paso. Me ayudará, ¿verdad?

Harry Oakland contempló a la mujer.

Sus ojos recorrieron obscenamente el cuerpo femenino. Los tres botones superiores de la blusa abiertos. Permitiendo ver el inicio de los voluminosos senos.

Oakland tragó saliva.

Una oportunidad como aquélla jamás volvería a presentarse. Él era un vulgar patán. Un desgraciado transportista de hortalizas. Barrigudo y apestando a sudor y tabaco.

Y allí, frente a él, estaba una mujer bella, fina, de piel suave y perfumada…

—Tengo por norma no subir a nadie en el camión.

—Yo… yo le recompensaría…

—¿Con dinero?

—No llevo nada encima, pero en Quaid Hill…

—Lo que lleva encima me complacería más que su dinero, señorita —dijo Oakland, volviendo a deslizar su lasciva mirada por el cuerpo femenino—. Mucho más.

La mujer enrojeció, no obstante movió afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo. En Quaid Hill. En la habitación del hotel.

—No, señorita. Una vez en Quaid Hill podría arrepentirse. Tengo un camastro en la parte trasera del camión. ¿Qué le parece?

—Es usted un canalla.

—Tranquila. Yo no la obligo. Me largo y en paz, pero no espere ver pasar otro auto a estas horas y por esta zona. Adiós. Y tenga cuidado con los lobos.

—¡No, por favor…! ¡No me deje aquí…! Acepto sus condiciones.

—Aparte a un lado —sonrió Harry Oakland—. Voy a arrimar más el auto a la cuneta. Y no ponga esa cara. Lo pasaremos muy bien…

Oakland descendió del camión después de estacionarlo fuera de la carretera. Abrió la compuerta posterior. Estaba vacío de carga, pero el olor a verduras era persistente.

Subió tendiendo seguidamente sus manos hacia la mujer.

—¡Arriba…! Eso es…

Al fondo estaba situado el camastro. Utilizado para descansar en los largos recorridos o en espera de carga. Jamás imaginó en poder compartirlo con tan bella mujer.

Sí.

Aquello era como un sueño.

Tendió a la mujer sobre el camastro levantándole la falda hasta la cintura. Tenía las medias desgarradas.

Harry Oakland acarició el fino nylon. Deslizó las manos por los mórbidos muslos femeninos.

Sus dedos rozaron el encaje del slip.

Se abalanzó sobre la mujer. Aplastándola con su cuerpo.

La besó en los labios.
Rudamente.
En torpes y bruscas caricias.
Como si temiera despertar del sueño y que aquel seductor cuerpo se desvaneciera.
La mujer le echó los brazos al cuello.
Harry Oakland percibió el leve rasguño producido por la sortija que la mujer lucía en su mano derecha.
No le dio importancia.
Harry Oakland estaba muy entusiasmado apretujando los pechos femeninos.
Procedió a desabotonar la blusa.
Cerró los ojos.
Harry Oakland sacudió la cabeza.
Todo había sido un sueño. No existía tal mujer. Ya no estaba entre sus brazos. El sueño terminó cuando se disponía a desabotonarle la blusa.
Sí.
Fue un sueño.
Al igual que lo de ahora era una pesadilla.
Aquella inmovilidad en la silla metálica.
Los dos encapuchados…
Oakland sacudió la cabeza otra vez. Quería despertar de aquella pesadilla. Interrumpirla al igual que se quebró el sueño con la seductora mujer.
—Sujétale la cabeza, Snake.
El encapuchado rojo tensó la correa en torno al cuello de Harry Oakland.
Hawk extrajo una bandeja del armario.
La depositó sobre una mesa cercana a la silla metálica donde inútilmente se debatía Oakland.
—El muy estúpido… No hace más que parpadear.
—¿No… no estoy soñando? —balbució Harry Oakland—. ¿Qué significa todo esto?
—¿Soñando? —rió Hawk—. Oh, sí… es posible. Y apuesto que despertarás en el infierno. No te hagas el idiota. Quiero información.
—¿Información?

—¿Qué ruta te ha sido encomendada?

—La… la ruta de siempre… la llevo hace años… Retiro las verduras de Stern City, Quaid Hill, Bewes Flat, Streep Creek… Luego regreso en dirección a Albuquerque y…

—Todo eso es falso. En tu vehículo blindado hemos encontrado mensajes cifrados. Quiero la clave.

Oakland volvió a parpadear.

—¿Vehículo blindado? Es un viejo camión que…

—¡Maldito bastardo…! ¡Deja de parpadear…! Yo te enseñaré cómo hacerlo…

Hawk tomó un recipiente que contenía pimienta roja.

Aferró los cabellos de Oakland impulsándole hacia atrás la cabeza para rociarle los ojos con la pimienta.

El espeluznante alarido de Harry Oakland fue casi infrahumano.

Pugnó desesperadamente por librarse las correas de las muñecas para poder paliar aquel fuego que quemaba sus ojos.

—Voy a cortarte una oreja, maldito… ¡Y te la haré tragar! ¿Qué te parece?

La voz del encapuchado negro no fue escuchada por Oakland.

El lacerante dolor que le atormentaba dominaba por completo sus sentidos.

Ni tan siquiera percibió cómo la afilada hoja cercenaba limpiamente su oreja izquierda.

—Mis ojos… ¡Mis ojos…!

Hawk arrojó la sangrante oreja al aire riendo a carcajadas.

—¿Tus ojos…? ¿Te molestan? Eso tiene fácil solución. Creo que por aquí… Sí, aquí están… Haré que los ojos dejen de molestarte.

El encapuchado depositó sobre la bandeja la ensangrentada navaja de afeitar.

Cogió unas pinzas metálicas y punzantes.

Se aproximó nuevamente a Oakland.

—¿Y bien…? ¿Por dónde empiezo? ¿El derecho o el izquierdo?

Harry Oakland continuaba aullando como un poseso.

Súbitamente cesó de gritar.

Una fracción de segundo.

Motivada por el pasmo.

Fue tal la brutal sensación que paralizó momentáneamente su dolor.

Hawk le había hundido las pinzas en el ojo izquierdo.

Las hizo girar presionando los extremos para poder atenazar el globo ocular.

Tiró rompiendo el saco lagrimal y tensando el nervio óptico.

Y nuevamente Harry Oakland gritó en desgarrado aullido.

En lastimero y espeluznante gemido.

En alucinante alarido que cesó siendo reemplazado por un ronco estertor y un chorrear de sangre.

Hawk, que reía satánicamente por haber conseguido arrancar el ojo, contempló perplejo al encapuchado rojo.

—¿Por qué lo has hecho…? Le has matado… ¿Por qué, Snake? ¡Aún no había terminado con él!

Snake sostenía en su diestra la navaja de afeitar.

Con ella había seccionado de profundo tajo la yugular de Harry Oakland.

—Era necesario que dejara de gritar, Hawk. Mira allí… La luz de alarma. Alguien está deambulando por las galerías.

Hawk contempló el iluminado piloto rojizo emplazado sobre el armario.

Junto a otros interruptores a pilas.

—¿Quién puede ser, Snake…? ¿Otro espía del Vietcong?

—Lo averiguaremos pronto —dijo el encapuchado rojo, pulsando una palanca—. Ahora se ha encendido la luz de la cueva y accionado la trampilla del suelo. El curioso avanzará hacia la luz y caerá.

Hawk sonrió corriendo hacia la estancia contigua penetrando en el circular y pequeño horno.

El encapuchado rojo fue tras él.

Ambos quedaron con la mirada fija en el agujero de la pared.

En espera de que el intruso pisara la trampa y cayera por aquella especie de tobogán.

Escucharon un ahogado grito.

Y a los pocos segundos vieron aparecer a la muchacha que cayó sobre la amontonada paja.

Raquel Moore palideció al descubrir a los dos encapuchados que avanzaron hacia ella amenazadores.

* * *

Snake denegó con un movimiento de cabeza.
—Hablo en serio, Hawk. No me importa cederte el turno.
—No digas tonterías. Somos camaradas. Tú has descubierto primero al espía. Es una muchacha muy bonita. Botín de guerra. Mírala…
Hawk desgarró violentamente la camisa de Raquel.
También tiró del sujetador rompiendo el frágil broche.
Los pequeños senos de la joven quedaron al descubierto.
Raquel estaba en pie.
La espalda pegada a la pared.
Paralizada por el miedo.
—Es tuya, Snake. Tú primero. Te corresponde.
—Está bien. Voy a… a prepararme.
El encapuchado rojo salió de la estancia.
Hawk sonrió acercándose a la muchacha.
—Somos muy afortunados… Hoy tendremos doble sesión. Eres muy bonita, nena…
Raquel gritó al ver las ensangrentadas manos del encapuchado.
Quiso escapar, pero aquellas zarpas la inmovilizaron reteniéndola contra la pared.
—Grita, pequeña… Me gusta oír gritar… A ver cómo lo haces…
La diestra de Hawk se cerró en torno al seno izquierdo de la muchacha.
Lo retorció salvajemente a la vez que tiraba con sadismo.
Raquel volvió a gritar, aunque pronto quedó sin voz.
Ahogada su respiración por el lacerante dolor.
—Y ahora voy a…
Hawk se interrumpió al oír el ruido a su espalda.
Giró con rapidez, pero ya Mickey Samms se incorporaba de la paja con felina agilidad.
—Un solo movimiento y te vuelo la cabeza —dijo Samms, encañonándole con el revólver—. Ven aquí, Raquel.
La muchacha obedeció temblorosa.
—Hay… hay otro encapuchado, Mickey.
Samms hizo una seña a Hawk para que avanzara hacia la salida.
Al pasar a la estancia contigua le empujó con violencia.
—¡Ahora quietos los dos!
Snake estaba frente al armario.

Dio un respingo soltando el objeto que tenía entre sus manos. Giró lentamente.

—Nos han cazado, Snake. En nuestra propia madriguera —sonrió Hawk—. Hemos dejado la trampilla abierta y entró un enemigo.

Raquel ahogó un grito de terror.

También Mickey Samms palideció al descubrir el ensangrentado cadáver sobre la silla metálica.

Y los otros cinco.

Cinco cadáveres rígidos que permanecían en toscas sillas pegadas a la pared.

—Santo Dios… Es… parece Julie White…

El quinto cadáver estaba recubierto por una fina capa blanquecina.

La cabeza destrozada.

Convertida en deforme masa ahora rígida y acartonada merced a la sustancia química aplicada.

El estupor de Samms fue aprovechado por el encapuchado rojo. Del armario extrajo una barra de hierro que proyectó contra el brazo derecho de Samms. Éste no soltó el revólver, aunque sí apretó el gatillo instintivamente.

Y Hawk recibió la bala perdida.

En el pecho.

Muy cerca del corazón.

—¡Blake…! ¡Blake…!

El encapuchado rojo corrió hacia el caído.

Le abrió la túnica para comprobar la gravedad de la herida.

También le despojó de la capucha descubriendo el rostro de Blake Edwards.

—Emma… ¿Qué ha ocurrido…?

La capucha roja también cayó al suelo.

Emma se abrazó sollozante a su marido.

—No, Blake… no quiero que mueras…

—Ahora… ahora sé lo ocurrido… Es mejor así, Emma… No podíamos seguir… yo quería evitarlo, pero era más fuerte que yo…

—Lo sé, querido.

—Te arrastré conmigo, Emma… Yo quería evitarlo… Incluso en un momento de lucidez proporcioné a Samms la pista adecuada…

Tú lo ignorabas, pero por mediación de Julie White… ella dijo a Samms… yo quería que diera con nosotros… que siguiera la pista dada por Julie… Samms es inteligente… él terminaría con… con el tratamiento de…

—¡Blake…! ¡Blake…!

Edwards había ladeado la cabeza hasta quedar inmóvil.

Mickey Samms ayudó a levantarse a la mujer.

—Ha muerto, Emma. Creo que estaba muerto hace ya muchos años. Desde que regresó enfermo del Vietnam.

—Tú no puedes comprenderlo, Mickey.

—No, Emma. No puedo. Blake era un pobre enfermo. Tratado durante años en centros psiquiátricos, pero… ¿y tú?

—Yo le amaba… le amaba con todas mis fuerzas. Fui su enfermera durante años. Me enamoré de él desde el primer momento. Y también desde el primer momento supe que Blake jamás se recuperaría por completo. Anualmente, en determinadas fechas, sufría alucinaciones. De cada una de ellas era sometido a brutales tratamientos de *shock* que paulatinamente iban minándole. Yo indagué en su cerebro. Descubrí qué era aquello que le atormentaba. Blake revivía un episodio del Vietnam. Compartido con Ned Matheson y tres compañeros más. Penetraron en un pueblo abandonado. Se refugiaron en él. Estaban perdidos en aquella maldita tierra. A la noche llegaron unos vietnamitas. Dos hombres y una muchacha simpatizantes del Vietcong. Se abalanzaron sobre ellos. Torturaron a los dos hombres para sacarles información… violaron repetidamente a la muchacha… Los cinco días que permanecieron en aquel poblado fueron dedicados a eso. Torturar a los hombres y violar a la mujer. Una y otra vez. Convertidos en bestias sanguinarias. ¿Te sorprende tanta barbarie?

—No.

—Por supuesto que no, Mickey. Los hechos vergonzosos fueron aireados por la propia prensa norteamericana. Yo escuché esos episodios de boca de Blake. Y comprendí el horror que se había ido acumulando en su mente hasta que estalló en aquel abandonado pueblo. Tú recordarás algunos de los reportajes de la prensa, ¿verdad, Mickey? Los hombres del batallón S2 violaron a una joven y luego cosieron su vagina con alambre. Otra muchacha vietnamita fue torturada vertiendo trementina en su sexo, la hija de un jefe

vietnamita quemada con una bayoneta al rojo… Y los prisioneros, las torturas a los prisioneros… Ya no eran hombres. Se habían convertido en monstruos, en verdugos…

—Todo eso no responde a mi pregunta, Emma.

—¿No lo comprendes? Cada año sonaba esa señal de alarma en el cerebro de Blake. Y era internado y sometido a brutal tratamiento. Cuando descubrí la causa decidí ayudarle. El primer año acudimos junto a Ned Matheson, pero no fue suficiente. Blake necesitaba más. Casualmente descubrí la montaña. La inspeccioné. Era perfecta para el tratamiento.

—¿Tratamiento?

—Sí, Mickey. Tratamiento de terror. Blake necesitaba revivir todo aquello otra vez. Aquélla era su mejor terapéutica. La iniciamos el pasado año. Con éxito. Blake, tras el tratamiento, volvía a la normalidad. Sin recordar nada de lo ocurrido en la montaña. Todo un año de tranquilidad. Ahora, de nuevo en la fecha crítica, iniciamos por segunda vez el tratamiento. Yo suministraba las víctimas. Narcotizándolas o ayudada por Blake. Él eligió a Julie White. Juntos compramos instrumentos de tortura, adecentamos las grutas…

Samms desvió la mirada hacia los momificados cadáveres.

—Imagino que uno de ellos es Jess Dugan.

—Sí. Yo le recogí a la salida del hotel. Un simple rasguño con mi sortija y quedó sin sentido. Despertó ya en la sala de tortura.

Mickey Samms fijó los ojos en el objeto caído en el suelo. Cerca del armario. Un objeto metálico. De forma fálica. Con correas.

—Durante el… tratamiento —dijo Emma, descubriendo la mirada del detective— yo me comportaba como si fuera un compañero de guerra. Uno más. Hawk, Snake… son nombres de combate que ellos utilizaban en el Vietnam. En este subsuelo hemos descubierto cadáveres momificados de indios. Se nos ocurrió desecar también los cadáveres de los… «vietcong». Hemos dado con pasadizos secretos… colocábamos cadáveres, construíamos trampas… Era como un juego.

Mickey Samms contempló los petrificados cadáveres, el ensangrentado cuerpo que aún goteaba sobre la silla metálica…

—Un juego… Dios… Dios… La policía llegará de un momento a otro, Emma. Mi abuelo fue a buscarla en un *jeep*. ¿Piensas decirles

eso? ¿Que fue un juego?

—Lo hice por Blake. Le amaba. Blake requería un tratamiento de terror. ¿No lo comprendes, Mickey? ¿No lo comprendes…?

Samms movió la cabeza lentamente.

—Sí, Emma… y espero que también tú recibas el tratamiento adecuado.

EPÍLOGO

El luto favorecía a Sheila.

Resultaba tentadora con aquel traje negro, los guantes, las medias oscuras…

—No me dejes, Mickey. Te necesito. Ahora más que nunca…

—No, Sheila. Tú jamás has necesitado de nadie. Te recuperarás a la desgracia. Ayer enterramos a tu padre. Hoy acompañarás el cadáver de Jess hasta Texas. En compañía de tus queridos suegros. Eres ya oficialmente la viuda de Jess Dugan. Espero que tus abogados saquen buena tajada.

—Eres rencoroso, Mickey.

—Te equivocas. Ocurre sencillamente que he dejado de amarte. Durante estos tres últimos años, desde tu boda, te convertiste en una obsesión para mí. Ahora la venda ha caído de mis ojos. Ya no siento nada por ti.

La muchacha rió nerviosamente.

—En verdad resultas poco exigente. Cualquiera te sirve. Incluida Meryl. Os vi en el salón. Yo fui en tu busca… y te sorprendí solicitando de Meryl el emplazamiento de su habitación. No creas que me importó. Me consolé de inmediato con Ned Matheson. Tú eres basura, Mickey. Y jamás saldrás de los estercoleros.

—Adiós, Sheila. Te deseo suerte.

—Enviaré tus honorarios a Santa Fe.

—Cúrsalos a una institución benéfica. A mí ya me ha pagado el señor Dugan. Un cheque de cien mil dólares. Eso es lo que ofrecía de recompensa por facilitar datos de su desaparecido hijo.

—¡Te enviaré el dinero!

Mickey Samms salió de la habitación portando el maletín.

Minutos más tarde abandonaba el Palmer Hotel.

Encendió un cigarrillo deambulando por Banks Street.

Consultó el reloj.

Sonrió al ver aparecer su Buick que se detuvo con estridente chirriar de frenos.

Samms se introdujo en el vehículo.

—¿Dónde está el abuelo?

—No ha querido venir —dijo Raquel—. Dice que aún es pronto para regresar a Santa Fe. Que todavía le quedan muchos amigos por visitar. Dentro de unos días espera le remitas unos cientos de dólares.

—Condenado viejo…

—También dijo algo más.

—¿Sí?

Los negros ojos de la joven se posaron en Samms.

En intensa y cautivadora mirada.

—Quiere ser el padrino de la boda.

—¿Boda? ¿Qué boda?

La muchacha se ladeó en el asiento para colgarse del cuello de Samms.

Entreabrió los labios besándole fugazmente.

—No lo sé, Mickey —susurró mimosa—. Cosas del abuelo, ¿no?

Samms retuvo a la joven por la cintura evitando que se separara.

Ahora fue él quien buscó los labios femeninos.

Un claxon les hizo interrumpir el beso.

Raquel pisó el acelerador.

—Este mes termino mis estudios, Mickey. Me gustaría ponerme a trabajar de inmediato. ¿No necesitas una secretaria para tu despacho?

—Otra idea del abuelo, ¿no?

—Ajá.

—¡Condenado viejo…!

FIN



Adam Surray es el seudónimo de José López García, escritor español de ciencia ficción y terror. Fue un habitual de los llamados bolsilibros (Colecciones antiguas de novela popular de kiosco, también llamadas bolsilibros, novelas «pulp» y novelas «de a duro», con diversas temáticas como Ciencia Ficción, Terror, Policíaco, Bélico, Aventuras, Oeste, Romántico…), colaborando con la colección La conquista del espacio…